

JOSÉ MANUEL RUIZ VILA
&
HELENA TERRADOS GONZÁLEZ
(EDS.)

**EL RENACIMIENTO DE LA TRADUCCIÓN
(UNA ANTOLOGÍA)**



Serie *Documenta*
RECENSIÓN

EL RENACIMIENTO DE LA TRADUCCIÓN (UNA ANTOLOGÍA)

Edición e Introducción de
José Manuel Ruiz Vila y Helena Terrados González

Ediciones Revista Recensión

COLECCIÓN:
Serie DOCUMENTA RECENSIÓN

<https://revistarecension.com/comite/>

© De esta edición y su introducción, José Manuel Ruiz Vila; Helena Terrados González (eds.). 2026.

Edición Digital
ISSN: 2659-5028

José Manuel Ruiz Vila; Helena Terrados González (eds.), *El renacimiento de la traducción (una antología)*, Madrid, Revista Recensión, 2026.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
SELECCIÓN DE TEXTOS	19
[1] MARCO TULIO CICERÓN (106-43 A.C.)	21
[2] JERÓNIMO DE ESTRIDÓN (347-420)	22
[3] PEDRO LÓPEZ DE AYALA (1332-1407)	28
[4] ENRIQUE DE VILLENA (1384-1434)	29
[5] LEONARDO BRUNI (1370-1444)	30
[6] ALFONSO DE CARTAGENA (1384-1456)	35
[7] ALFONSO DE MADRIGAL, “EL TOSTADO” (1400-1455)	37
[8] JUAN DE MENA (1411-1456)	46
[9] GIANNOZO MANETTI (1396-1459)	47
[10] JUAN DEL ENCINA (1469-1529/30)	53
[11] MARTIN LUTERO (1483-1546)	54
[12] JUAN LUIS VIVES (1493-1540)	61
[13] ÉTIENNE DOLET (1509-1546)	65
[14] SEBASTIANO FAUSTO DA LONGIANO (1502-1565)	67
[15] THOMAS SEBILLET (1512-1589)	77
[16] JACQUES AMYOT (1513-1593)	78
[17] JOACHIM DU BELLAY (1522-1560)	79
[18] LAWRENCE HUMPHREY (1525-1589)	80
[19] FRAY LUIS DE LEÓN (1527-1591)	85
[20] GEORGE CHAPMAN (1559-1634)	86
[21] PIERRE DANIEL HUET (1630-1721)	87

INTRODUCCIÓN

EL RENACIMIENTO DE LA TRADUCCIÓN (UNA ANTOLOGÍA)

JOSÉ MANUEL RUIZ VILA & HELENA TERRADOS GONZÁLEZ
(EDS.)

“Después de dos mil años de discusiones y de preceptos, las ideas y los desacuerdos sobre la naturaleza de la traducción han sido, por así decirlo, los mismos. Casi sin excepción, desde Cicerón y Quintiliano hasta nuestros días, reaparecen en el debate las mismas tesis y refutaciones”. No parecía estar muy equivocado G. Steiner cuando hacía semejante afirmación en su obra *Después de Babel* (1980: 275). Y es que, al fin y al cabo, por muchas vueltas que le dé la teoría de la traducción, como dijo R. Know (1957: 4), dos son, y han sido, los dilemas, a pesar de su aparente simplismo, a los que irremediablemente se enfrentará todo traductor: ¿debe predominar la traducción literaria o la literal –que, en realidad, no son opción–? ¿Está el traductor en libertad de expresar el sentido del original en cualquier estilo y giro que elija? ¿Y quiénes son los que han aportado algo a la teoría de la traducción a lo largo de la Historia? Si hacemos caso al propio Steiner, solo “Jerónimo, Lutero, Dryden, Hölderlin, Navalí, Schleiermacher, Nietzsche, Ezra Pound, Valery, MacKenna, Franz Rosenzweig, Walter Benjamin y Quine” (1980: 269)¹ habrían dicho algo *novedoso* en su momento sobre la traducción. Aun pudiendo ser la lista más que discutible y arbitraria, como toda clasificación, sí coincidimos en la ausencia de un nombre, Cicerón, que, frente a la errónea interpretación que de sus palabras hizo unos años después el poeta Horacio y, luego, siglos después, el *vir trilinguis*, es decir el santo Jerónimo [Texto 2], de sus palabras “no se desprende positivamente que él haya dado ninguna regla de traducción” (Reyes Coria 2018: xxvii).

¹ En la segunda edición (1992) añade a Séneca, pero sigue sin incluir a Cicerón.

El famoso pasaje de su tratado *De optimo genere oratorum* (46 a.C.), con el que se abre nuestra antología [Texto 1], y que se ha convertido, sin pretenderlo, en *quasi manifiesto fundacional* de la teoría de la traducción, versa sobre la manera de componer discursos al modo ático (*qui Attice volent dicere*), no sobre cómo traducirlos, por más que él mismo mencionara de pasada que algunos los había vertido del griego al latín. Steiner, unas páginas antes (1980: 236), sin embargo, había dividido la historia de la teoría de la traducción en cuatro períodos (bastante desiguales entre sí en duración), el primero de los cuales, de naturaleza empírica, comenzaría, paradójicamente, con el opúsculo de Cicerón y se extendería hasta principios del siglo XIX con los comentarios de Hölderlin a su traducción de Sófocles (1804). A partir de 1813 comenzaría una segunda fase con el ensayo de Friedrich Schleiermacher, *Ueber die verschiedenen Methoden des Uebersetzens*, una fase caracterizada más por la teoría e investigación hermenéutica que concluiría con *Sous l'invocation de Saint Jérôme* (1946), de Valéry Larbaud. Después entraríamos en la época moderna, y en ella parece que seguiríamos.

Sin embargo, incluir diecinueve siglos bajo el mismo epígrafe parece, quizás, exagerado. Como pretendemos mostrar con la presente selección de textos de los siglos XV a XVII, incompleta y arbitraria, como todas las antologías, se produjo un punto de inflexión tanto en la Italia del *Quattrocento* con la publicación del *De interpretatione recta* de Leonardo Bruni [Texto 5], como en la Castilla de Juan II (1405-1454) con el despertar de grandes figuras no solo de la traducción, sino también de una incipiente teoría de la traducción; tal fue el caso de Pero López de Ayala (1332-1407) [Texto 3], traductor de Tito Livio, Boecio y Boccaccio entre otros, Enrique de Villena (1384-1434) [Texto 4], traductor de la *Eneida* y de la *Comedia*, Alfonso de Cartagena (1384-1456) [Texto 6], traductor de Cicerón y Séneca, Alfonso Fernández de Madrigal, “El Tostado” (1410-1455) [Texto 7], traductor de san Jerónimo y Juan de Mena (1411-1456) [Texto 8], traductor de Homero.

Como recuerdan González Rolán, Moreno Hernández y Saquero Suárez-Somonte (2000: 34) el Renacimiento fue la gran época de la

traducción: al romance desde el latín si hablamos de Castilla, al latín desde el griego si nos referimos a los humanistas italianos con Bruni a la cabeza, en cuyo tratado solo se habla de las lenguas clásicas. Sin poder entrar en detalles sobre el paso de la Edad Media al Humanismo, pues los hay que ven en este último una ruptura total con lo anterior y quienes, por el contrario, sostienen que no fue sino una evolución lógica de la Edad Media, lo cierto es que en este movimiento cultural la percepción del mundo clásico será diferente, quizás solo más entusiasta, pero parece concitar consenso la idea de que se afanaron por conocer el mundo antiguo con mayor fervor de lo que se había hecho hasta el momento. Las condiciones políticas de los diferentes estados y repúblicas de la península italiana habían creado las condiciones adecuadas para que los clásicos se convirtieran de nuevo en ese punto de mira que iba más allá de los férreos preceptos de la escolástica medieval. El desarrollo de la traducción en este momento no fue más que la consecuencia necesaria de ese nuevo y más amplio conocimiento de la literatura antigua, especialmente de la griega, que había estado perdida de la Europa occidental durante varios siglos. Ahora bien, no es menos cierto que un acontecimiento histórico de primera magnitud, como la caída de Constantinopla y la llegada de los eruditos griegos a Italia, contribuyó también de manera decisiva al desarrollo de la traducción. Baste recordar cómo Petrarca se lamentaba de no poder leer el manuscrito de Homero que le habían regalado. Tuvo que conformarse apenas con los cinco primeros libros que Leoncio Pilato, un italogriego, le había traducido en prosa (*oratio soluta*) y prácticamente *verbum de verbo* al modo medieval: “Me ha llegado en vaso latino el sabor griego, el cual me ha convencido totalmente de que un ingenio robusto y ágil lo puede todo”, escribe en la *Responsio ad epistolam sub Homeri poete missam nomine* (Ortega Garrido 2021: 118-199). Por el contrario, la traducción anterior, la *Ilias Latina* o bien *Homerus Latinus*, si es que hoy podemos llamarla traducción, no fue de su gusto: “Aquel librillo que la gente presenta como tuyo –compendio de tu obra y atribuido a ti–, aun cuando no conste de quién es, no hay duda de que no es tuyo” (Ortega Garrido 2021: 118).

Aunque todavía la crítica no se ha puesto completamente de acuerdo sobre la extensión temporal del Humanismo, especialmente

si hablamos de su recepción fuera de Italia, no obstante, para la teoría de la traducción se podrían establecer dos grandes etapas:

- La primera comprendería hasta la Reforma (primera mitad del s. XVI) y su objetivo sería la traducción del griego al latín, motivada, como decíamos, por el redescubrimiento del griego en la Europa occidental. La traducción del hebreo bíblico será también objeto de estudio, aunque en menor medida, como fue el caso de Giannozzo Manetti [**Texto 9**], “el san Jerónimo del siglo XV” (Pérez González 1999: 73), pero siempre con el latín como lengua meta. En la Castilla de Juan II, por el contrario, visto que realeza y nobleza ignoraban casi por completo el latín, y, de otra parte, los eruditos el griego, las traducciones serán siempre del latín al vulgar romance.
- La segunda nacería tras la Reforma y el Concilio de Trento y podría hacerse llegar hasta fines del s. XVII o, incluso, principios del s XVIII y se ocuparía de la traducción del latín y el griego (y del hebreo bíblico) a las lenguas vernáculas.

Durante la primera etapa la traducción se consideró una escuela de estilo, es decir, que se trataba de obras con entidad propia, no de meras equivalencias entre dos lenguas. Esta concepción tuvo como consecuencia lógica que para los primeros humanistas no hubiera una frontera clara entre traducción e imitación. Basta cotejar una de las traducciones con mayor éxito en el occidente latino, el *De liberis educandis* de Guarino da Verona, con el original griego de Plutarco para ver cómo la principal pretensión del traductor era, aun conservando el *sensum*, conseguir una obra literaria *per se*, es decir, “recuperar la primacía de la retórica” (Romo Feito 2012: 26). Y es en este contexto en el que hay que situar el tratado *De interpretatione recta* de Leonardo Bruni (*ca.* 1420). No es fácil negar que se trata del primer tratado sobre traducción, a pesar de que, al igual que toda la literatura anterior sobre traducción, incluidas las reflexiones del santo Jerónimo, como se puede ver en la selección de prólogos y cartas que presentamos aquí, surgió como reacción a los comentarios que había suscitado el

prólogo a su traducción de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles². En este opúsculo, Bruni efectúa un extenso análisis de los métodos de la imitación estilística a la vez que subraya la importancia del ritmo y de la estructura oracional; es decir, atiende a la traducción literaria, no a la traducción en general ni, por supuesto, a la traducción de los textos sagrados; sabida es la aversión del florentino por la lengua hebrea, de la que desaconsejaba incluso su aprendizaje ya que las Escrituras podían leerse en latín y, además, con mejor sonoridad. Quizás sería más correcto entender el *De interpretatione recta* como una primera poética de la traducción, que como un manual al uso. En realidad, el opúsculo de Bruni apenas innovó respecto a lo que se había dicho hasta la fecha, a excepción del uso del término *traductio* “traducción” para lo que en Cicerón era refundición e imitación o, en términos de Quintiliano, paráfrasis. De hecho, el objetivo de la traducción según Bruni es la conservación de la grandeza de la obra original: lo que se ha escrito con criterios artísticos en griego, debe trasladarse de igual manera al latín, lengua en la que, además, es posible decirlo todo porque, como ya había avanzado Cicerón, el latín es tan apto para la filosofía como el griego. Por tanto, el léxico latino debe emplearse siempre que sea posible para que la traducción “suene” a latín y tenga las mismas características que si hubiera sido escrita originalmente en ella. Sin duda fue esta la principal queja en su controversia con Alfonso de Cartagena a propósito de las traducciones de Aristóteles hechas palabra por palabra y plagadas de préstamos griegos. Cartagena había alegado justo lo contrario: la belleza del discurso puede ensombrecer “la pureza de los objetos” (González Rolán, Moreno Hernández y Saquero Suárez-Somonte 2000: 233).

A pesar del entusiasmo de los autores humanistas por la lengua de Roma, la realidad social de los siglos XV y XVI era muy diferente y no eran demasiadas las personas que dominaban el latín (por no mencionar los que leían griego o hebreo, un número realmente exiguo). Ante esta situación, y con una lengua romance ya en condiciones de ser

² Con todo, como afirma Viti (2004: 221), el texto no tuvo nunca una difusión autónoma, sino que aparece en todos los manuscritos junto a otras obras de Bruni e, incluso, en manuscritos misceláneos. Este hecho induce a pensar que su temática no suscitó demasiado interés.

lengua literaria, el latín le fue dejando paso poco a poco como lengua meta. Además, empezó a considerarse necesario, especialmente en los territorios reformados, que el pueblo pudiera entender los textos de la liturgia, a pesar de que el papa Pío IV, tras el Concilio de Trento, determinó que la única versión válida sería la latina y que las versiones a las lenguas vernáculas solo podían llevarse a cabo tras la autorización del obispo o del inquisidor de la provincia (Buzzetti 1984: 79), puesto que la traducción indiscriminada al vulgar solo podría traer más problemas que beneficios. La traducción adquiere, entonces, una dimensión mucho más allá de la lingüística para convertirse en herramienta al servicio de la religión y la política, casi en una cuestión de estado, hecho que determinó la práctica humanística del prefacio o carta donde el traductor debía “desnudarse” y explicitar no solo su método y estrategia, sino también sus intenciones últimas, aunque esto a Tyndale no consiguió librarse de la hoguera varios años después de su traducción de la Biblia al inglés, en parte por la dura respuesta de Tomás Moro en su *Confutation on Tyndale's answer* (1532). El cambio, además, parecía imparable vista la rápida difusión de los textos gracias al enorme desarrollo de la imprenta. El máximo exponente de las nuevas tendencias traductológicas fue Lutero [**Texto 11**], quien en su traducción de la Biblia (1522), la primera en alemán hecha directamente del griego y del hebreo, puso de manifiesto la mencionada dimensión política y religiosa de la traducción. Expuso su teoría en un texto, de nuevo, apologético, la *Sendbrief vom Dolmetschen* (*Epístola sobre la traducción*) a propósito de su traducción de la Carta a los Romanos de San Pablo. En la misiva justifica su traducción *ad sensum* y en un alemán comprensible por el pueblo, lejos de artificios retóricos y de calcos de expresión.

Más allá del ámbito de la Biblia, comenzarán a surgir en Europa a lo largo del siglo XVI diferentes reflexiones sobre la traducción, unas en forma de los mencionados prólogos, otras como tratados *per se*. Tal fue el caso en 1540 de *La manière de bien traduire d'una langue en autre* de E. Dolet [**Texto 13**] que, a pesar de ser gran defensor del latín, establece en cinco puntos, retomando a Bruni en varios de ellos, su práctica traductológica al francés. Algunos críticos aseguran que no hace sino seguir a Bruni y otros no ven nada nuevo ni en su teoría ni

en su práctica traductológica (cf. Furlan [2002: 222 y 224], que cita a Mattioli [1982: 46] y Chavy [1981: 298], respectivamente). Antes, sin embargo, el valenciano Juan Luis Vives había publicado su *De ratione dicendi* (1553) [**Texto 12**], un tratado de preceptiva retórica donde la traducción abarca solo el último capítulo de la obra, el XII del libro tercero. En este describe los géneros menores de la composición, aquellos que explican el sentido de las palabras: paráfrasis, epítome, explicaciones, comentarios y, por último, versiones o traducciones. La traducción no puede pertenecer a los géneros mayores en tanto que no se consideraba, ya desde la Antigüedad, como obra de creación. No obstante, Vives defiende el carácter de obra literaria de la traducción. Casi en paralelo a la obra de Vives, pero con planteamientos opuestos, al otro lado de los Alpes se publica el *Dialogo del modo de lo tradurre* (1556) [**Texto 14**] de Sebastiano Fausto da Longiano, conocido por sus traducciones de Cicerón al italiano. Se trata de un texto que no suele aparecer en ninguna de las antologías clásicas de textos de teoría de la traducción, pero que no carece de importancia por tratarse del primer tratado independiente sobre traducción escrito en italiano. Es, de nuevo, un texto apologético, esta vez un diálogo, que su autor publicó para responder a las críticas que Guido Loglio da Reggio había vertido sobre su traducción de Cicerón publicada en 1544 (Furlan 2002: 275). Para Sebastiano Fausto, identificado con Oculto en el diálogo, que analiza los modos de traducción bajo la óptica ciceroniana, volviendo a traer a la palestra el viejo debate *ut interpres / ut orator*, solo el primero es una verdadera forma de traducción, puesto que una traducción que reproduzca el estilo del original también reflejará, por fuerza, el sentido, mas no a la inversa. Sin embargo, Italia tuvo que ceder la preeminencia de la que había gozado durante el siglo XV a Francia, cuya cultura se impuso en la teoría de la traducción durante los siglos siguientes (Steiner 1980: 262), desde la obra de Dolet hasta el *De interpretatione* (1661) de Pierre Daniel Huet [**Texto 21**], cuya segunda versión ampliada se publicó en 1680. Entre uno y otro encontramos traductores y teóricos como Thomas Sebillot [**Texto 15**], Jacques Amyot [**Texto 16**] y Joachim du Bellay [**Texto 17**] en los que se aprecia, excepción hecha de Amyot y su traducción literal de Plutarco, una tendencia clara a la adaptación del mensaje a los moldes

de la lengua de llegada, el francés. Con todo, en plena imposición de la cultura francesa por Europa en sustitución de la clasicidad que había representado Italia, despuntó un teólogo británico, Lawrence Humphrey (1525-1589) [Texto 18], escasamente citado en los manuales de teoría de la traducción y ausente en la mayor parte de las antologías, autor de una *Interpretatio linguarum, seu de ratione conuertendi & explicando autores tam sacros quam prophanos* (1559) en tres inmensos libros con un total de más de seiscientas páginas. Huet conocía perfectamente el texto de Humphrey y está claro que coinciden en más de un punto. De hecho, Humphrey es el creador de la metáfora de Proteo, retomada luego por Huet, según la cual el traductor adoptará todas las formas y estilos que sean necesarios en función de las características del texto que deba traducir. Además, la traducción, que se mueve siempre en una *via media* (afirmación ya adelantada por Manetti), debe presentar cuatro características: plenitud, propiedad, pureza y adecuación. Y quizás este último concepto, la adecuación, es el que subyace en la idea del acuerdo estilístico que defiende Huet y que le lleva a traducir a Aristóteles en un estilo sobrio y árido, porque así es el original, y no a mejorarlo como si de un discurso de Cicerón se tratara. Huet, con todo, no estaba más que reaccionando a la estrategia traductológica imperante en la Francia del *Seicento*, donde el predominio de la elegancia en el resultado final permitía al traductor apoderarse de su original y hacerlo suyo hasta el punto de no parecer no solo una traducción, sino siquiera un producto del propio autor original. De ahí que recibieran el apelativo de *belles infidèles* “bellas infieles”, comentario de Gilles Ménage (1613-1692) en sus *Menagiana* (1740) a propósito de las traducciones de Luciano de Samosata que Nicolas Perrot D’Ablancourt (1606-1664) había publicado, que eran como una de sus amantes, bella, pero infiel: “Je l’appelai la belle infidelle, que étoit le nom que j’avois donne étant jeune à une de mes maîtresses” (Ballard [1992: 147]).

En conjunto, la presente selección de textos, que abarca desde los albores del Humanismo en el siglo XIV hasta el XVII, en la que, además, hemos incluido obras de Cicerón y san Jerónimo por ser la base a la que remiten todos los comentaristas posteriores, solo pretende ofrecer un panorama mínimamente representativo de las distintas

concepciones de la traducción en el Renacimiento, periodo más que fecundo, a ojos vista, para el desarrollo de un pensamiento “moderno” sobre la traducción y entendido en un sentido amplio, sin cerrar, ni mucho menos, el debate, más al contrario, dejando abiertas nuevas vías de interpretación del diálogo que los humanistas mantuvieron con los clásicos y de diálogo directo entre nosotros y los propios humanistas.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- M. Ballard, *De Cicéron à Benjamin*. Lille, Presse Universitaire de Lille, 1992.
- C. Buzzetti, *La Bibbia e le sue trasformazioni*, Brescia, Queriniana, 1984.
- P. Chavy, “Les traductions humanistes au début de la Renaissance française: traductions médiévales, traductions modernes”, en *Canadian review of comparative literature – special issue: Translation in the Renaissance*, VIII.2 (1981), pp. 284-306.
- T. González Rolán, A. Moreno Hernández & P. Saquero Suárez-Somonte, *Humanismo y teoría de la traducción en España e Italia en la primera mitad del siglo XV*, Madrid, Ediciones Clásicas., 2000.
- R. Know, *On English translation*, Oxford, Oxford University Press, 1957.
- E. Mattioli, “Storia della traduzione e poetiche del tradurre (dall’umanesimo al romanticismo)”, en *Processi traduttivi: teorie ed applicazioni. Atti del seminario su “la traduzione”*, Brescia, La Scuola, 1982, pp. 39-58.
- A. Ortega Garrido (ed.), *Francesco Petrarca. Cartas a los más ilustres varones de la Antigüedad*, Sevilla, Espuela de Plata, 2021².
- M. Pérez González, *G. Manetti y la traducción en el siglo XV. Edición crítica del Apologeticus, libro V*, León, Universidad de León, 1999.
- B. Reyes Coria (ed.), *Cicerón. Del óptimo género de los oradores*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2018.
- F. Romo Feito, *De interpretatione recta, de Leonardo Bruni: un episodio en la historia de la traducción y la hermenéutica*, Vigo, Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo, 2012.
- P. Viti (ed.), *Leonardo Bruni. Sulla perfetta traduzione*, Nápoles, Liguori Editore, 2004.
- G. Steiner, *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*. Trad. de Adolfo Castañón, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1980.

SELECCIÓN DE TEXTOS

[I]

MARCO TULIO CICERÓN (106-43 A.C.)

Texto latino: G. Friedrich, *M. Tulii Ciceronis opera rhetorica*, vol. II, Leipzig, In aedibus B.G. Teubneri, 1893, pp. 383-388³.

[ORIGEN DEL ERROR. CICERÓN NO HABLA DE TRADUCCIÓN, SINO DE ESTILO]

13. [...] Pensé que debía emprender un trabajo útil para los estudiantes, aunque no fuera necesario para mí. **14.** He vertido del griego dos espléndidos discursos, opuestos entre sí, de los dos oradores más elocuentes, Esquines⁴ y Demóstenes⁵, pero no los he vertido como traductor, sino como orador con palabras adecuadas a nuestra forma de hablar, pero manteniendo el mismo sentido, su forma de expresión y las figuras retóricas. Y en este proceso no consideré necesario cambiar una palabra por otra, sino que mantuve todo el estilo y la fuerza expresiva de las palabras. No creí oportuno enumerarle al lector las palabras, sino solo sopesarlas. **15.** Mi trabajo persigue que los nuestros comprendan qué pretenden aquellos que quieren hacerse pasar por áticos y cuál es, por así decirlo, su forma de expresión. “Saldrá a relucir Tucídides”, pues algunos admirán, en efecto, su elocuencia, y con razón. Pero lo que buscamos nada tiene que ver con él. Una cosa es explicar las hazañas mediante un relato, otra incriminar o eliminar los cargos con argumentaciones; una retener al oyente con la narración, otra incitarlo. Pero, “con todo, se expresa bien”. **16.** ¿Acaso mejor que Platón? Es preciso que el orador que andamos buscando solucione las disputas legales con un tipo de expresión adecuado para enseñar, deleitar y conmover. [...] **18.** A este trabajo nuestro⁶ se oponen dos tipos de críticos. La primera es esta: “Lo cierto es que lo han hecho mejor los griegos”, a quienes se podrá preguntar si podrían hacerlo mejor los griegos en latín; la otra es esta: “¿Por qué habría de leer estas

³ Salvo indicación de la fuente, los textos han sido traducidos por los autores.

⁴ *Contro Ctesifonte*, pronunciado por Esquines en el año 336 a.C.

⁵ *Sobre la corona*, discurso del 330 a.C.

⁶ La traducción de los mencionados discursos.

antes que las griegas?”. Estos mismos leen la *Andria*⁷ y los *Sinéfobos*⁸ y no menos a Terencio y a Cecilio que a Menandro y no rechazan la *Andrómaca*⁹ o la *Antiopia*¹⁰ o los *Epígonos*¹¹ en latín, pero, sin embargo, leen a Ennio, Pacuvio y Accio más que a Eurípides y a Sófocles. ¿Por qué les molesta leer los discursos vertidos del griego, pero no los versos? [...] 23. Si, como espero, he expresado sus discursos manejando todas sus cualidades, es decir, el sentido, las figuras y el orden, mi intención ha sido seguir las palabras, pero sin forzar forma de expresión y, aunque no estén todas traducidas del griego, son, con todo, del mismo tipo: esta será la norma que deberán respetar los que quieran hablar al modo ático. Pero basta de hablar de nosotros. Escuchemos, finalmente, al propio Esquines hablar en latín.

[2]

JERÓNIMO DE ESTRIDÓN (347-420)

Textos de J. M. Ruiz Vila & I. López Martín (eds.), *San Jerónimo. Opera selecta*, Madrid, Verbum, 2025.



Caravaggio, San Gerolamo, Galleria Borghese, Roma

⁷ Comedia de Terencio.

⁸ Comedia de Cecilio.

⁹ Tragedia de Ennio.

¹⁰ Tragedia de Pacuvio.

¹¹ Tragedia de Accio.

[NO ES LO MISMO TRADUCIR QUE ADAPTAR]

Y cuando conozcas lo que antes ignorabas, si eres persona agraciada, me considerarás traductor, pero si eres un desagradecido, pensarás que no soy más que un adaptador, aunque soy completamente consciente de que no he cambiado nada del texto original hebreo. Y si tienes una duda razonable, coge los códices griegos y latinos y cotéjalos con estos libritos y allí donde veas que se apartan, pregunta a cualquier hebreo del que te fíes más y si te confirma lo que nosotros decimos, no creo que pienses que es un vidente por haber adivinado lo mismo que yo en un mismo pasaje. (*Prólogo a los libros de Samuel y Malaquías*).

[LA TRADUCCIÓN DEL LIBRO DE ESTER: PALABRA POR PALABRA]

Está claro que los diferentes traductores han adulterado el libro de Ester, que yo he rescatado de los archivos de los hebreos y he traducido palabra por palabra con mayor exactitud. la edición que circula habitualmente nos presenta este libro bajo una maraña de complicados giros al mismo tiempo que añade palabras normales del día a día, como era lo normal en las escuelas a la hora de elegir un tema de discusión: usar palabras que lo mismo servían para el que sufre la ofensa como para el que la hace. Vosotras, Paula y Euustoquio, puesto que os empeñasteis en entrar en las bibliotecas de los hebreos y visteis con vuestros propios ojos las peleas que se traían entre sí los traductores, cotejad palabra por palabra nuestra traducción con el original hebreo y podréis comprobar que no he añadido nada, sino que simplemente he transmitido fielmente en latín una historia hebrea tal y como está en hebreo. No me alteran los elogios de la gente, pero tampoco me dan miedo las críticas. Mi pretensión es agradar a Dios y no tenemos ningún miedo de las amenazas de la gente porque *Dios esparce los huesos de quienes desean agradar a los hombres*¹² y, como dice el apóstol, este tipo de personas *no pueden ser siervos de Cristo*¹³. (*Prólogo al libro de Ester*)

¹² Salmos 52,6.

¹³ Gálatas 1,10.

[LA TRADUCCIÓN DEL LIBRO DE JOB: UNA MEZCLA DE MÉTODOS]

Esta traducción no sigue a ninguno de los traductores antiguos, sino que está hecha directamente del hebreo y del árabe y, en ocasiones, del siriaco: unas veces dará prioridad a las palabras, otras al sentido y otras a ambos a la vez. Para los hebreos es un libro complicado y confuso, lo que los oradores griegos califican como “de sentido figurado”, vamos, que dice una cosa, pero significa otra, igual que cuando intentas coger una anguila o una murena aferrándola con las manos, que se te escurren más mientras más aprietas. recuerdo que para poder entender esta obra tuve que pagar no poco dinero a un profesor de Lod, que era el mayor experto entre los hebreos, aunque no sé si su sabiduría me sirvió de algo, pero lo único que sé es que no habría podido traducir el texto sin entenderlo antes. (*Prólogo al libro de Job*)

[LA TAREA DEL TRADUCTOR]

Eusebio Jerónimo saluda a sus amigos Vincentio y Galieno. Tenían los sabios la antigua costumbre de pasar al latín, por mera práctica intelectual, los libros en griego y traducir los poemas de los escritores famosos, lo cual es mucho más difícil por la necesidad de respetar la métrica. por eso, incluso nuestro querido Cicerón tradujo libros enteros de platón palabra por palabra. Y en cuanto terminó la edición en versos hexámetros de Arato, que ahora ya es romano, se entretuvo con el *Económico* de Jenofonte. en esta obra aquel río de oro que era su elo-
cuencia se interrumpe de tal manera por una serie de abruptos y escarpados obstáculos que quien no sepa que es una traducción no podrá creer que sea Cicerón quien lo ha escrito. Y es que es difícil que quien sigue una lengua extranjera no se pierda en alguna parte; complejo que aquello que se ha escrito con elegancia en otra lengua conserve esa misma gracia en la traducción. Si se ha indicado algo con un solo término, no encuentro uno en mi propia lengua que lo recoja y mientras busco cómo completar la oración doy un gran rodeo para un espacio tan pequeño. Hay que añadir además las alteraciones propias del hipérbaton, las diferencias de los casos y la diversidad de las figuras retóricas y, por último, por así decirlo, el carácter propio de cada lengua: si lo interpreto palabra por palabra, suena absurdo, pero, si me veo en la necesidad de cambiar

el orden de palabras, dará la impresión de que me estoy alejando de mi tarea como traductor [...] ¿Existe obra de mayor sonoridad que el Salterio? al estilo de nuestro querido Flaco y del griego Píndaro, discurre unas veces en verso yámbico, otras resuena en alcaíco, otras se pavonea con el sáfico y otras comienza con un semipié. ¿Hay obra más hermosa que los cánticos del Deuteronomio y de Isaías? ¿alguna más notable que la de Salomón? ¿alguna más perfecta que la de Job? Todas ellas, según escriben Josefo y Orígenes, se escribieron en su propia época en versos hexámetros y pentámetros. Cuando las leemos en griego, suenan a otra cosa, pero cuando lo hacemos en latín no fluyen en absoluto. el caso es que si alguien piensa que con la traducción no cambia el estilo de la lengua, que traduzca a Homero en latín palabra por palabra. Diré más, que lo traduzca en su propia lengua en prosa y verá que el orden de las palabras es ridículo y que el más elocuente de los poetas se queda prácticamente mudo. ¿Y esto qué significa? Pues que no os asombréis si he tropezado en alguna parte, si el discurso no fluye o si raspa por tanta consonante o se abre y se rompe por las vocales o si está muy constreñido por la brevedad cuando resulta que esta misma obra ha conseguido desesperar a los hombres más sabios. Y a las dificultades habituales con las que nos hemos encontrado en todas nuestras traducciones, habrá que añadir aquí una propia, porque la historia es heterogénea, ya que contiene nombres extranjeros, conceptos desconocidos para los latinos, números incomprensibles, símbolos mezclados por igual con las palabras y con los números, hasta el punto de que prácticamente es más difícil aprender en qué orden hay que leerlo que entender lo que está diciendo. (*Prologo al Cronicón de Eusebio de Cesarea*)

[EL MÉTODO DE TRADUCCIÓN DE SAN JERÓNIMO: *SENSUM DE SENSO*]

5,2 No solo reconozco, sino que profeso en voz alta que, cuando traduzco del griego, menos las Sagradas escrituras, donde hasta el orden de palabras es un misterio, no expreso una palabra por otra, sino un sentido por otro sentido. Y tengo por maestro en esta modalidad a Cicerón, que tradujo el *Protágoras* de platón, el *Económico* de Jenofonte y dos preciosos discursos que se escribieron esquines y Demóstenes uno contra otro. No es momento de explicar lo que se saltó, o lo que añadió

o lo que tuvo que cambiar para poder desarrollar con las características de su propia lengua las particularidades de la otra. Me basta la propia autoridad del traductor, que en el prólogo de los discursos se expresó con estas palabras: *3. Pensé que debía emprender un trabajo útil para los estudiosos, aunque no fuera necesario para mí. He vertido del griego dos espléndidos discursos, opuestos entre sí, de los dos oradores más elocuentes, Esquines y Demóstenes, pero no los he vertido como traductor, sino como orador con palabras adecuadas a nuestra forma de hablar, pero manteniendo el mismo sentido, su forma de expresión y las figuras retóricas. Y en este proceso no consideré necesario cambiar una palabra por otra, sino que mantuve todo el estilo y la fuerza expresiva de las palabras. No creí oportuno enumerarle al lector las palabras, sino solo sopesarlas*¹⁴. *4.* Y al final del discurso dice: *Si, como espero, he expresado sus discursos manejando todas sus cualidades, es decir, el sentido, las figuras y el orden, mi intención ha sido seguir las palabras, pero sin forzar forma de expresión y, aunque no estén todas traducidas del griego, son, con todo, del mismo tipo*¹⁵. *5.* pero también Horacio, hombre perspicaz y culto, da este mismo consejo al experto traductor en su *Arte poética*: *Y no procurarás volver palabra por palabra como un traductor fiel.* Terencio tradujo a Menandro, y Plauto y Cecilio a los cómicos antiguos: ¿acaso se fijan en las palabras y no mantienen mejor en su traslación la belleza y la elegancia? lo que vosotros llamáis fidelidad de la traducción, los entendidos lo llaman “mal gusto” [...] *6.1.* No obstante, para que mis palabras no pierdan autoridad, aunque solo he querido demostrar que yo siempre, desde joven, he traducido el sentido y no las palabras, lee lo que dice sobre esta forma de traducción el breve prólogo del libro sobre la vida de san Antonio: *La traslación que se hace de una lengua a otra palabra por palabra oculta el sentido igual que la hierba que crece alegramente asfixia la cosecha. Cuando el discurso es esclavo de casos y figuras, termina desarrollando con un largo rodeo lo que se podía indicar con pocas palabras.* *2.* Así pues, yo he trasladado la vida de san Antonio que me has pedido intentando evitar que no le falte nada al sentido a pesar de que le falte algo a las palabras. Que sean otros los que busquen las silabas y las letras, tú busca el sentido. Me faltarían horas del día para pasar

¹⁴ CIC., *opt. gen.* 13-14.

¹⁵ CIC., *opt. gen.* 23

revista a todos los que han traducido por el sentido. 3. Será suficiente ahora con mencionar a Hilario el confesor, que vertió del griego al latín las homilías sobre Job y muchísimos tratados sobre los Salmos y no se apegó a una letra entumecida ni tuvo que hacer contorsionismos más propios de esas traducciones vomitivas que hacen los torpes, sino que tradujo en su propia lengua como si hubiera aprisionado el sentido con la ley del vencedor. 7,1. tampoco nos debe resultar extraño verlo en los demás escritores, tanto seglares como eclesiásticos, cuando los Setenta intérpretes, los evangelistas y los apóstoles siguieron este método con los libros sagrados. Se puede leer en Marcos que dijo el Señor: *Talitha cumi*, y al instante se añade: *que significa: “Niña, a ti te digo, jlevántate!”*¹⁶. podéis acusar al evangelista de mentir por haber añadido “a ti te digo” cuando en hebreo se dice solamente “Niña, levántate”, pero añadió “a ti te digo” para conseguir más énfasis en el vocativo y en la orden. (*Carta a 57 a Pamaquio sobre la mejor manera de traducir*)

[LA REGLA DE ORO: LA TRADUCCIÓN DEBE RESPETAR LAS
CARACTERÍSTICAS PROPIAS DE LA LENGUA DE LLEGADA]

3. La primera cuestión surgió a propósito del salmo número cinco: *Ni habitará contigo el que obra mal*. Os llamará la atención que el traductor latino no haya usado el término “exilio”, sino que haya puesto “habitar” en su lugar. Hay pruebas de que en otro pasaje sí lo ha hecho: *Hay de mí, porque mi exilio se ha prolongado* (119,5). Y en el salmo 14 ha vuelto a poner “habitar” en lugar de “exilio”: *Señor, ¿quién habitará en tu tienda?* (14,1). Sin embargo, hay que tener en cuenta que si dijéramos: *Señor, ¿quién se exiliará en tu tienda?* o, como en el salmo 5: *Ni se exiliará contigo el que obra mal*, se perdería la sonoridad y si el mal gusto guía nuestra interpretación, la traducción perderá toda su gracia y esa debe ser la máxima del buen traductor: expresar con propiedad en su lengua las características propias de la otra. Podemos demostrar que eso es lo que hizo cicerón con el *Protágoras* de Platón y con el *Económico* de Jenofonte y con el discurso de Demóstenes contra esquines; y también Plauto, Terencio, Cecilio y otros autores muy cultos cuando tradujeron las comedias de los griegos. Nadie debe pensar por ello que

¹⁶ Marcos 5,41.

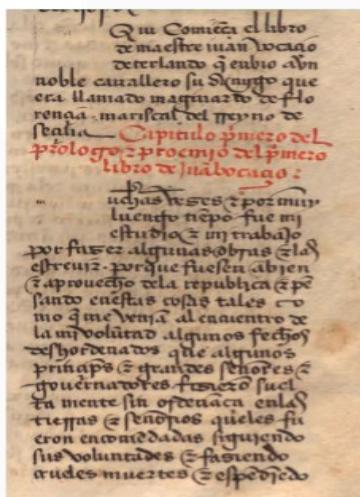
la lengua latina sea tan mísera como para no poder traducir palabra por palabra cuando hasta los griegos traducen muchos conceptos nuestros con una perifrasis y se esfuerzan por traducir las palabras hebreas no con una interpretación fiel, sino respetando las características de su propia lengua [...] 30. Cada lengua, como ya he dicho, se expresa con sus características propias. [...] 55. Por tanto, conviene seguir esa regla que ya hemos mencionado varias veces según la cual, mientras no se resienta el sentido de la lengua a la que traducimos, debemos mantener su sonoridad y sus propias características. (*Carta a 106 a Sunia y Fretela sobre el Salterio: pasajes corruptos en la edición de los Setenta intérpretes*)

[3]

PEDRO LÓPEZ DE AYALA (1332-1407)¹⁷

Texto de N. Cartagena, *La contribución de España a la teoría de la traducción. Introducción al estudio y antología de textos de los siglos XIV y XV*, Madrid-Frankfurt am Maim, Iberoamerica-Vervuert, 2009, pp. 27-28.

Biblioteca Nacional de España, mss. 13248, f. 3r con la versión romanceada que Pero López de Ayala hizo del *De casibus virorum illustrium* de G. Boccacio



¹⁷ A fin de agilizar la lectura, modificamos la edición del texto y adecuamos al uso moderno la división de las palabras, el empleo de mayúsculas y minúsculas, la acentuación y la puntuación; regularizamos el empleo de *u/i* para el sonido vocalico y *v/j* para el consonántico; sustituimos y por i siempre que presente un valor vocalico; mantenemos las oscilaciones entre *v/b*; simplificamos las geminadas intervocálicas y a comienzo de palabra; restituimos las elisiones vocalicas de los pronombres.

[LICENCIAS DE TRADUCCIÓN SEGÚN LA TIPOLOGÍA TEXTUAL]

Ca costunbre es de la Santa Escritura que el que la escribe fable de sí como si fablase de otro. Así fabló Moysen. Así fabló sant Juan euangeli sta. Así fabló sant Lucas. Así fablo sant Pablo cada uno de sí diciendo lo que dictava el Espíritu Santo. E por ende los que escriven la Santa Escritura por voca de Dios pues que se mueven por impulsión del espíritu santo así dan de sí testimonio como si lo diesen de otro alguno. Otrosí paren bien mientes lo que en este dicho libro leyeren al romanç que el dicho trasladador fiso y la orden y manera quo tovo guardando todavía la costunbre de los sabios antiguos filósofos y poetas. Los quales siempre guardaron en sus palabras y en sus dichos la virtud de los vocablos y la significación de ellos segúnt la realidad. E guardaron siempre este estilo de llevar la sentencia suspensa hasta el cabo, y de anteponer los casos del verbo del qual han regimiento los quales segúnt la arte de la gramática en costruyendo deven ser pospuestos. E esto fiso él por guardar el color de la retórica y la costunbre sobredicha de los sabios que dificultaron sus escrituras y la posieron en palabras difíciles y aun obscuras porque las leyesen los onbres muchas veces y mejor las retoviesen y más las preçias- en quanto en ellas más trabajo tomasen. Ca lo que con mayor trabajo se gana, con mayor preçio se guarda. (*Prólogo a los comentarios morales de Gregorio Magno al Libro de Job, o Las Flores de los Morales de Job*).

[4]

ENRIQUE DE VILLENA (1384-1434)

Texto de P. M. Cátedra, *Enrique de Villena. Traducción y glosas de la Eneida. Libro primero*, Salamanca, Biblioteca Española del siglo XV, 1989, p. 32.

[TRADUCIR PENSANDO EN EL LECTOR]

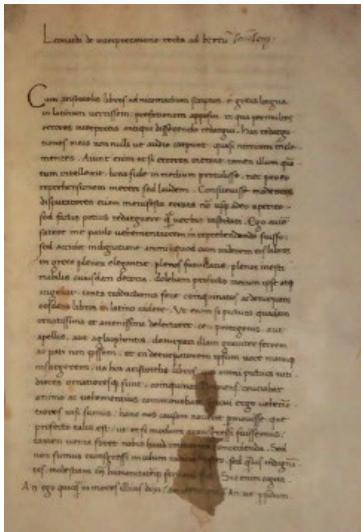
Empero hasta la presente hora non ha parescido quien su ymagen representase de palabra a palabra, el conçebido entendimiento transferiendo en alguna de las vulgadas lenguas, segúnd aquí fize en la castellana por vuestro mandado e ynstançia epistolar, porque llegase a vuestra real

notícia, quanto possibile fue, la plazible texedura en el original latyno contenida por la trujamana lengua patrial vuestra, señor excelente, guardando lo que suso dixe e la conveniencia que aquellas lenguas castellana e latyna padescen. E ansí, terminando el prohemio, vento a la redunción de la obra anteponiendo algunas avisaciones al nuevo leedor complideras de saber. A vós, señor muy exclarescido, e a los otros leedores sea manifiesto que en la presente traslación tove tal manera que non de palabra a palabra, ne por la orden de palabras que estña en el original latyno, mas de palabra a palabra segúnd el entendimiento e por la orden que mejor suena, siquiere paresce en la vulgar lengua. En tal guysa que alguna cosa non es dexada ho pospuesta, siquiere obmetida, de lo contenido en su original, antes aquí es mejor declarada e será mejor entendido por algunas expresiones que pongo aculla subintellectas, siquiere ymplícitas ho escuro puestas, segúnd claramente verá el que ambas las lenguas latyna e vulgar sопiere e viere el original con esta traslación comparado. Esto fize para que sea más tractable e mejor entendido e con mejnos estudio e trabajo vós, señor, e aquéllos podaes sentyr, siquiere mentalmente gustar el fructo de la doctrina latente, siquiere cubierta, en el artificioso decir. (*Prohemio a la traducción de la Eneida*)

[5]

LEONARDO BRUNI (1370-1444)

Textos de H. Terrados, *Leonardo Bruni de Arezzo (ca. 1370-1444)*, Madrid, Ediciones del Orto, 2025.



Biblioteca Medicea Laurenziana, Florencia, ms. 1030, f. 169r, *Leonardi de interpretatione recta ad Bertum Senensem.*

[*VERBUM E VERBO, SENSUM E SENSO*]

En primer lugar, respeto todo el sentido, hasta tal punto que no me desvío de él lo más mínimo. Después, si es posible trasladarlo palabra por palabra sin ninguna incongruencia o disparate, por supuesto, estoy más que dispuesto a hacerlo. Pero si no es posible, no soy tan necio como para pensar que caería en un crimen de lesa majestad si, una vez preservado el sentido, me despego un tanto de la terminología para evitar un disparate. (*Carta del año 1400 a Niccolò Niccoli sobre la traducción del Fedón platónico*)

[LA RIQUEZA DEL LATÍN]

Cualquiera diría que no es posible trasladarlo en latín con el encanto con el que se escribió en griego, pero yo no entiendo por qué no puede ser posible. Primero, porque no veo en qué aspectos las letras griegas son superiores a las latinas, ni, si existieron entre los nuestros hombres bien instruidos, por qué no iban a igualar suficientemente la capacidad de expresarse o la fluidez de los griegos. Es más, aunque las letras griegas son mucho más ricas que las nuestras, ¿qué nos impide poder decir con elegancia en latín lo mismo que se ha dicho en griego, si no con palabras, al menos como niños que están aprendiendo? Pues si ellos pueden expresar cualquier cosa de más maneras que nosotros, es gracias a una cierta sobreabundancia y a su prodigalidad, mientras que nuestra lengua latina, aunque no es una esposa ambiciosa y volátil, sí que cuenta con sus joyas y aderezos, ciertamente no prodigos, pero sí lujosos y más que suficientes para cada ocasión. Así pues, que dejen ya de criticar al latín y que empiecen a confiar en que es posible que un escritor latino merezca que se le elogie por su esfuerzo y su empeño. Porque, si se tratara de inventar algo verdaderamente complejo, en realidad sería un caso muy injusto para el traductor, que es capaz de superar fácilmente la gracia de las palabras con su imaginación y su conocimiento. Pero en la Historia, donde no hay lugar para la invención, no veo que haya ninguna diferencia entre describir lo que ha acontecido o lo que otro ya ha dicho. Y es que, en ambos

casos, el esfuerzo es el mismo, o incluso es mayor en el segundo.
(*Prefacio a la traducción de la Vida de Marco Antonio de Plutarco*)

[EL DESATINO DE LAS TRADUCCIONES MEDIEVALES]

Hace poco me propuse poner en latín los libros de la *Ética* de Aristóteles, no porque antes no hubieran sido traducidos, sino porque lo estaban de tal manera que más parecían obra de bárbaros que de latinos; pues es claro que el autor de esta traducción –quienquiera que fuera, al cabo, éste (que es patente, con todo, que fue uno de la Orden de los Predicadores)– no conocía suficientemente ni las letras griegas ni las latinas. En efecto, en multitud de pasajes interpreta incorrectamente las palabras griegas y las vierte en latín con tal bisoñez e ignorancia que una torpeza tan grotesca y burda tiene que causar enorme bochorno. Es más, a menudo, mostrándose desconocedor incluso de las palabras que la Latinidad tiene por excelentes y muy contrastadas, mendigando en medio de nuestra riqueza, puesto que no sabe convertir una palabra griega en su correspondiente latina, como si careciera de recursos y le faltara criterio, deja las palabras griegas tal y como están: de este modo ciertamente el traductor se vuelve en medio griego, medio latino, con deficiencias en relación a una y otra lengua, y desacertado respecto a las dos. ¿Qué voy a decir acerca de semejante tergiversación del discurso, siendo así que no hay nada más confuso, nada más corrompido que ésta? Es más, que Aristóteles fue un amante de la elocuencia y que conjugó el arte de hablar con la sabiduría es algo que acredita el propio Cicerón en muchos pasajes y lo avalan sus libros, escritos de forma extremadamente esmerada con enorme pasión por la elocuencia. Así pues, en caso de existir para aquél ahora alguna conciencia de nuestros asuntos, ya desde hace tiempo se tiene por cierto que él, contrario a semejante desatino e incongruencia de traducción y opuesto a tan gran incultura, no reconocería estos libros como suyos, al desear [el traductor medieval] que se mostrara entre los latinos tal cual se mostró él mismo entre los griegos. Y nadie me podría alegar la pobreza de la lengua latina, pues es rica de sobra, no sólo para expresar lo que quieras, sino incluso para adornarlo profusamente. A condición de ser conocida en sí misma: que el ignorante arremeta contra ella y que

atribuya su propia imperfección a la lengua resulta de todo punto necio y mezquino. (*Prólogo la traducción de la Ética Nicomáquea*)

[DEFINICIÓN DE TRADUCCIÓN Y REQUISITOS DEL TRADUCTOR]

Declaro que todo el valor de una traducción reside en lo siguiente: que lo que se ha escrito en una lengua se traslade correctamente a otra. Sin embargo, nadie puede hacer esto correctamente si no posee una gran y vasta destreza en ambas lenguas. Y ni siquiera con eso es suficiente. De hecho, muchos son capaces de comprender, pero no de expresar. [...] Es un asunto de gran dificultad, en efecto, la forma correcta de traducir. En primer lugar, se debe tener conocimiento de la lengua de la que se traduce, pero no un conocimiento vago y somero, sino profundo, especializado y minucioso, adquirido por una lectura abundante y frecuente de los filósofos, oradores, poetas y de todos los demás escritores. Así pues, nadie que no los haya leído a todos, que no les haya dado vueltas y vueltas de principio a fin y los haya aprehendido puede comprender el valor y los significados de las palabras [...]. La primera preocupación del traductor debe ser, pues, conocer al detalle la lengua de la que parte, lo cual no podrá conseguirlo nunca si no es con una profusa, diversa y minuciosa lectura de toda suerte de escritores. Después, que posea la lengua a la que quiere traducir de tal modo que, en cierto sentido, domine sobre ella y la tenga por completo bajo su poder; así, cuando vaya a sustituir una palabra por otra, que no tenga que mendigarla o tomarla prestada o dejarla en griego por ignorancia de la gramática latina; que conozca con exactitud el valor y la naturaleza de las palabras [...]. Por otro lado, que no desconozca los modos de expresarse y las figuras retóricas que suelen emplear los buenos escritores, y que a estos los imite incluso cuando él mismo escriba; que evite los neologismos y las innovaciones de estilo, especialmente aquellas toscas e inadecuadas. Todo esto que hemos mencionado es esencial. Y, aún más, que tenga oído y preste atención a su juicio, para que no disuelva y trastorne con sus propias manos lo que se ha dicho de manera elegante y armoniosa. (*De interpretatione recta*)

[ERRORES DEL TRADUCTOR Y PRIMACÍA DEL SENTIDO]

En suma, los errores del traductor son: o entender mal lo que debe trasladar, o reformularlo mal; o bien, si aquello que ha dicho el autor original correcta y elegantemente lo transforma y lo vuelve inadecuado, descuidado y obscuro. Y es que aquel que no está lo suficientemente instruido en los saberes literarios como para ser capaz de evitar todos estos errores, este, si se dedica a traducir, se arriesga a que lo reprendan y critiquen con razón, bien porque, al cambiar una cosa por otra, induce a equívoco a los lectores, bien porque merma la altura del autor original y lo hace parecer necio y absurdo. [...] Así, a la hora de traducir, un traductor óptimo se volcará con todo su ingenio, su alma y su voluntad en el autor original; en cierto sentido, se transformará y se esforzará por exprimir de la obra de aquel la estructura, la idiosincrasia, la cadencia y el color y todas sus pinceladas. De todo ello resulta un efecto realmente admirable. [...] En efecto, el buen traductor, al traducir autores singulares, se conformará con igualar sus estilos singulares. [...] Y es que el traductor se ve arrastrado por fuerza a la forma de expresarse de aquel de quien traduce, y no podrá conservar adecuadamente su sentido si no penetra en él y se amolda a sus enunciados y expresiones con la precisión de las palabras y la hechura del discurso. Este es el mejor método para traducir: si consigue preservar lo mejor posible la forma del discurso en origen, de manera que ni falten palabras para el sentido, ni las palabras mismas carezcan de brillo y ornato. Es más, partiendo de que toda correcta traducción es difícil debido a muchas y muy diversas razones que en ella se encierran, como hemos dicho anteriormente, sin embargo, es más difícil que esta sepa trasladar correctamente lo que el autor original escribió de manera rítmica y cuidada. [...] Con todo, no es posible conservar [los adornos] sin un gran esfuerzo y una gran destreza en las palabras. Y es que es preciso que el traductor, como ya hemos apuntado, comprenda la buena disposición de las oraciones y pueda reproducirla igualmente en la lengua en la que traduce. Y dado que son dos los tipos de adornos –uno, con el que se colorean las palabras, y el otro, los sentidos–, ambos suponen una dificultad para el traductor, si bien es más notoria la que afecta a los colores de

las palabras que de los sentidos, debido a que a menudo los adornos de este tipo implican rítmica [...]. ¿Qué puedo decir de los adornos del sentido, que embellecen enormemente un discurso y hacen que resplandezca? También a estos recurren los mejores escritores con la misma frecuencia que a los anteriores. ¿Podría siquiera quedar impune el traductor si los ignora o los descarta o traslada su discurso sin reparar en su importancia? [...] A partir de estos ejemplos queda perfectamente claro que nadie puede preservar la altura del autor original si no va a conservar su sentido de la belleza y del ritmo. Pues una traducción sin orden ni armonía destruye inmediatamente toda la gracia y el brillo del autor original. Por lo cual, se debe considerar casi como un crimen inexpiable que un hombre sin una educación y una sensibilidad evidentes se dedique a traducir. (*De interpretatione recta*)

[DIGNIDAD DE LAS LENGUAS]

Pues bien, esta es la verdad auténtica y absoluta del nombre y del efecto de los poetas: escribir en estilo literario o en vulgar poco importa, ni existe otra diferencia respecto a escribir en griego o en latín. Cada lengua posee su propia perfección, su forma de sonar, de hablar, pulida y exacta. (*Vida de Dante*)

[6]

ALFONSO DE CARTAGENA (1384-1456)

Textos de T. González Rolán & A. López Fonseca, *Traducción y elementos paratextuales: los prólogos a las versiones castellanas de textos latinos en el siglo XV. Introducción general, edición y estudio*, Madrid, Escolar y Mayo, 2014.

[EL ECO DE JERÓNIMO: *SENSUM E SENSO*]

En la traslación del qual non dubdo que falleredes algunas palabras mudadas de su propia significación e algunas añadidas, lo qual fize cuidando que complía así: ca non es, este, libro de Santa Escriptura en que es error añader o menguar, mas es composición magistral fecha para nuestra doctrina. Por ende, guardada quanto guardar se puede la inten-

ción, aunque la propriedat de las palabras se mude, non me paresce cosa inco<ñ>veniente; ca, commo cada lengua tenga su manera de fablar, si el interpretador sigue del todo la letra, nescesario es que la escriptura sea obscura e pierda grant parte del dulcor. Por ende, en las doctrinas que non tienen el valor por la abtoridat de quien las dixo nin ha seso moral nin míxtico, mas solamente en ellas se cata lo que la simple letra significa, non me paresce dapñoso retornar la intención de la escriptura en e modo de fablar que a la lengua en que se pasa conviene. La qual manera de trasladar aprueba aquel singular trasladador, sant Gerónimo, en una solepne epístola que se sobreescribe *De la muy buena manera del declarar*, que embió a Pamachio, entre otras cosas diciéndole así:

Yo non solamente lo digo, mas aun con libre boz lo confieso, que en la interpretación de los libros griegos non curo de eximir una palabra por otra mas sigo el seso e efecto, salvo en las Santas Escripturas, porque allí la horden de las palabras trae mixterio.

E esta manera seguí aquí, por que más sin trabajo lo pueda entender quien leer lo quisiere; e aun por lo más aclarar, commoquier que en latín está todo junto e non tiene otra partición salvo la de los libros –es a saber entre el primero e segundo– pero yo partí cada libro en diversos títulos e los títulos en capítulos según me paresció que la diversitat de la materia pidía. E donde el vocablo latino del todo se pudo en otro de romançe pasar, fízelo; donde non se pudo buenamente por otro canbiar, porque a las vezes una palabra latina requiere muchas para se bien declarar e si en cada logar por ella todas aquellas se oviesen de poner farían confusa la obra, en el tal caso al primero paso en que la tal palabra ocurrió se fallará declarada. E, aunque después se aya de repetir, non se repite la declaración, mas quien en ella dubdare retorne al primero logar donde se nonbró, el qual está en los márgenes señalado, e verá su significación.

Pero, aunque todo esto se faga, las composiciones que son de sciençia o de arte liberal, para bien se entender, todavía piden estudio, porque no consiste la dificultad de la sciençia tan solo en la obscuridad del lenguaje; ca si así fuese, los buenos gramáticos entenderían cualesquier materias que en latín fuesen escriptas: e vemos el contrario, ca muchos

bien fundados en el arte de la gramática entienden muy poco en los libros de theología e de derecho e de otras sçienças e arts, aunque son escriptas en latín, ni non hovieron doctores d'ellas que los enseñasen. Por ende, aunque esta *Rethórica* sea traspuesta en llano lenguaje, quien entenerla quisiere cumple que con actención la lea, (*Introducción a la traducción de la Retórica –De divinatione– de Cicerón*, pp. 228-229).

[ES IMPRESCINDIBLE CONOCER LA MATERIA. LOS CALCOS SON ADMISIBLES]

E donde la disputación de çiença hay es peligroso canbear los vocablos por quanto la mudança que paresce ser pequeña en las palabras trae grant mudamiento en el conosçïent del fecho. Por ende, aunque en nuestro común fablar por la clemencia digamos piedat o misericordia, pero aquí non lo trasladamos así porque según la estrecha e propia significación de las palabras hay entre ellas grant diferencia. Ca una cosa es la clemencia e otra la piedat e otra la misericordia e non se trocaría bien una palabra por otra nin creo que se fallaría en nuestro lenguaje una palabra ca tomada sola la propriedat verdadera de la clemencia signifique. Por ende así commo los que del griego algo en latín trasladaron, quando vocabulo latino non fallavan que pudiese contener toda la virtud del griego, dexáronle griego commo yazía declarando su propriedat por otras palabras. Así aquí llamaremos clemencia commo la llama el latín e la significación suya entenderla ha quien quisiere por las declaraciones que d'ella en este tratado se fazen (*Introducción al libro segundo de la traducción del De clemencia de Séneca*, pp. 312-313)

[7]

ALFONSO DE MADRIGAL, “EL TOSTADO” (1400-1455)

Textos de A. López Fonseca, J. M. Ruiz Vila, L. Arenal López & H. Terrados, *San Jerónimo y “El Tostado” piensan la traducción. Estudio y edición crítica del Comento o Exposición de Eusebio De las crónicas o tiempos interpretado en vulgar (caps. IXXIX) de Alfonso Fernández de Madrigal*, Madrid, Guillermo Escolar, 2024.

[EL TRADUCTOR DEBE ESTAR INSTRUIDO EN AMBAS LENGUAS]

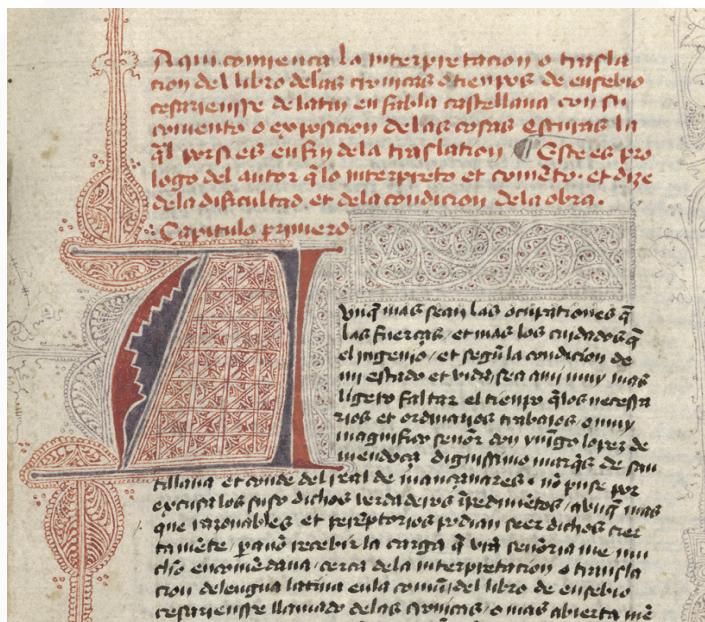
Et onde dize aquí el testo en vulgar **letrados** dize en latín *disertorum*, et esta palabra non solo signifca letrados o sabios, mas añade ca quiere dezir este vocablo *disertus*, onbre en diuersas cosas entendido o en diuersas maneras según por la deriuatióñ latina parece, et por ende non se llama *disertus* saluo aquel que en diuersos saberes es entendido, ca el que en un saber es abastado puédesse llamar sabio, mas non diserto et él non podía fazer alguna interpretatióñ, porque para fazer alguna interpretatióñ son dos cosas a lo menos necessarias: la primera es entendimiento de la verdad de la sentencia de aquella cosa que interpreta; lo segundo perfecto cognocimiento de aquellas dos lenguas de quien et en quien traslada. (*Comento o Exposición De las crónicas o tiempos de Eusebio-Jerónimo* 4.154-164)

[DIFICULTADES DE LA TRADUCCIÓN]

Grande dificultad es non auenir al interpretador alguna dureza. Es grande dificultad porque muy pocas veces esto acontece et es quasi marauilla alguna vez acontecer, et la razón es porque tanta es la diuersidad de lengua a lengua et en tantas cosas que es quasi marauilla en cada logar non auenir dureza al interpretador queriendo guardar la apostura. **Et apenas auiene.** Quiere dezir pocas veces o nunca, et la razón es ya dicha. **Aquel que ha de seguir las lenguas agenas.** Esto es en los interpretadores los quales siguen lenguas agenas, ca non escriuen lo suyo, mas trasladan lo ageno. Et esto se puede tomar en dos vías. La una es quanto a la diuersidad de lenguaje a lenguaje, ca el que es latino et de griego en latín traslada sigue el ageno a él lenguaje que es griego, o si alguno fuese principalmente griego et supiesse latín et quisiesse alguna obra en latín trasladar de griego sigue el ageno lenguaje, ca sigue el griego el qual, aunque a él non sea estraño para sí mismo, es mucho ageno para lo inclinar a la condición de la latina lengua, o se puede allí llamar ageno el latino lenguaje en el qual ha de trasladar et halo de seguir porque ha de concordar con él la condición de la griega fabla. En otra manera se puede llamar diuersas lenguas quanto a aquellos cuyas obras son las que interpretamos, ca el que interpreta non sigue nin tiene su lengua o manera de fablar, mas sigue la

agena manera de fablar, la qual de la suya es diuerssa et en anbas cosas se entender puede la letra, ca en todo ha dificultad si alguno de ageno lenguaje interpreta por la diuerssa condición de las lenguas auiénenle durezas, si la agena scripture interpreta. Otrosí dificultades vienen por non concordar el modo de concebir et de fablar de uno con el del otro, enpero hase de entender la letra de diuersas lenguas que son lenguajes, ca en esto consiste la interpretation, tornar de un lenguaje en otro et seguimos en la interpretation las agenas | lenguas, porque dexada la condición et propiedad de la nuestra natural o usada lengua trabajamos de nos conformar a aquella de la qual trasladamos seguiendo su condición. **Non fallar alguna dureza o altura.** Llámase dureza o altura dificultad de poder llegar a la cosa que deseamos. Todos los que de una lengua en otra interpretan desean apuesto escriuir lo que trasladaren según condición de la lengua en que escriuen guardando toda la fermosura de la original lengua, porque non paresca menos digno el traslado que el original, et esto siempre auerían los intérpretes si non ocurriesse alguna dureza, et quando auiene alguna dificultad non puede el interpretador alcançar esto que desea, et porque solas aquellas cosas alcançar non podemos que sobre nós altas están, llámase aquella dificultad altura, porque nos faze non alcançar; dureza se llama condición de la cosa según la qual non se dexa ligeramente quebrantar o fazer, et porque las ocurrientes dificultades fazen que los intérpretes non puedan fazer toda la fermosura en la traslation que era en el original llámanse durezas. **Para que lo que en agena lengua dicho bien suena.** Esta es la dureza que los intérpretes non pueden fuyr, ca non solo requiere la interpretation exprimir complidamente la sentencia de la scripture que interpretamos, porque esto fazer se podía, aunque más palabras ouiesse o por otra manera dichas, mas requiere quedar la apostura de la original scripture en la traslation et esto non se puede fazer por las muchas dificultades ocurrientes, pues necesario es en las interpretationes auer algunos defectos, et este es uno et el principal. **Bien suena.** Esto se faze quando las palabras ajuntadas según la condición de la lengua cuyas son bien corren et son dulces a las orejas, ca otros hay que estauan en proceso et fazer sonido mal agradable a las orejas. **Aquel grado de fermosura después que trasladado tenga.** Esto se requiere en la traslation si fazer se puede,

que non solo quede fermosura en la traslatión, mas aun aquella o tanta quanta era en la lengua original, et quando non queda tanta es defecto en la traslatión, et este defecto non pueden desuiar aun los esclarecidos varones commo suso fue prouado de Tulio. (*Comento o Exposición De las crónicas o tiempos de Eusebio-Jerónimo 6.18-67*)



Biblioteca Nacional de España, ms. 10811, f.5, traducción castellana de Alfonso Fernández de Madrigal de los *Chronici canones* de san Jerónimo

[DIFERENCIA EN EL NÚMERO DE PALABRAS ENTRE
ORIGINAL Y TRADUCCIÓN]

Signífcase. Aquí pone Iherónimo en especial los defectos de la traslatión, et pone otro defecto allende el suso puesto et eso mismo la su causa. El defecto es que non se ponen tantas palabras solamente en la traslatión quantas son en el original lenguaje et escritura, et la causa es porque non hay tales nin tantos vocablos en un lenguaje commo en otro. [...] **Et en la mi lengua en la qual traslado.** Non solo es esto entre lengua griega et latina, mas entre cualquier lengua

en comparación de otra. Ca en cada una lengua son algunos vocablos significantes de algunas cosas et en otras lenguas non fallamos vocablos por aquellas cosas, et por ende auemos de usar de supletión o circunlocución poniendo muchos vocablos en logar de uno para una cosa significar a la qual un solo vocablo auía de responder, et esta diferencia parece entre el latín et la vulgar lengua, ca muchos vocablos ha en latín significantes algunas cosas para las quales cosas non ha vocablos en el vulgar, et por el contrario en el vulgar ha vocablos para los quales fallecen correspondientes en latín. **Non fallo otro el qual solo le eguale.** [Non ha cosa que sea significada por vocablos de un lenguaje que non pueda seer significada por vocablos de otra lengua, mas la diferencia es que en un lenguaje para una cosa ha un vocablo et en otro lenguaje non ha un vocablo, mas pónense muchos vocablos por uno, et así non equalan los vocablos de un lenguaje a los vocablos de otro. **Et quando quiero complir toda la sentencia de aquel vocablo.** Para seer buena la traslatión es necesario que sea verdadera et complida, et por ende quanto significa el vocablo en la lengua original tanto se ha de exprimir en la traslatión, et si todo aquello non abasta un solo vocablo hanse de poner muchos. **Con luengo rodeo.** Llámase rodeo, circunloquio o supletión para significar lo que un vocablo non abasta, et quando esto se faze para una cosa se ponen muchos vocablos et ninguno de ellos significa la cosa, mas todos ellos juntos dan entendimiento de ella. Et esto es commo si non ouiesse vocablo alguno en el vulgar para significar onbre et en logar de aquel vocablo dixiéssemos animalia fablante et entendiente teniente dos pies, ca estas todas palabras suplen logar de un vocablo que significa onbre, porque non ha animalia de dos pies fablante et entendiente saluo el onbre. (*Comento o Exposición De las crónicas o tiempos de Eusebio-Jerónimo 7.1-43*)

[DIFICULTADES DE TRADUCIR POESÍA]

Apenas la breuedat del espacio o original stillo guarda. Commo que dixiesse non la puedo guardar, ca poniendo muchos por uno más luengo será el traslado que el original. En esto es de entender que el traslado ha de seer igual en largura del original et esto deue el intérpretador siempre guardar en tanto que guardarse puede, et quando

non puede es defecto de la traslatión, mas non auiene por error del intérprete et non le deuen de ello acusar. Alguno dirá que esto non es necesario, ca quando la traslatión se faze en verso, porque los versos consisten en cierta medida, se ha de guardar el espacio del stilo, mas quando se faze en prosa, la qual non es subjecta a cierta medida, non es necesario guardar cantidad de espacio, et esto dixo Iherónimo suso, que los varones letrados trasladauan libros griegos en lengua latina et aun lo que en sí tiene mayor dificultad los libros de poético stilo subjectos a necesidad de medida trasladauan, enpero si en la interpretation prosaica se guardase cantidad de espacio non auría diferencia de verso a prosa, lo qual es falsso pues non es de guardar espacio cierto en lainterpretación de prosa. La respuesta es que ansí en verso commo en prosa el intérprete ha de guardar cantidad de espacio según que aquí Ihéronimo dize, ca en otra guisa non se pornía por dificultad de interpretation auer más vocablos o otramente significantes en un lenguaje que en otro, lo qual Ihéronimo suso puso por dificultad. Enpero ha diferencia en la cantidad del spacio que se ha de guardar en el verso et en la prosa. La primera es que en el verso han de seer tantas sílabas en el verso latino commo en el griego, o siquier tantos pies, porque si el verso griego fuere exámetro o pentámetro o de otra especie tal sea el latino verso interpretado, et añadida o tirada siquiera una sílaba contra la condición del arte quittasse la specie del metro. En la traslatión de prosa non se guarda cantidad o cuento de sílabas o de pies, ca solos los versos corren por pies et las prosas non tienen pies. [...] La segunda diferencia es que en el verso trasladado es más necessaria la cantidad cierta de espacio que en la prosa, ca si en el verso interpretado non guardare el interpretador tantas sílabas et siquier pies en la interpretation, agora lo faga con necessidad agora sin necesidad, non solo non recibe excusation, mas aun non es traslatión de verso, porque dexa de seer verso auiendo más o menos pies que requiere la medida del arte, non es ansí en la prosa, ca si el intérprete con necesidad de los vocablos del lenguaje pusiere más en la traslatión que en el original non solo es traslatión, mas aun non es digna de reprehensión, et si sin necesidad esto fiziere será digno de reprehensión, enpero será siempre interpretation prosaica. (*Comento o Exposición De las crónicas o tiempos de Eusebio-Jerónimo 7.55-112*)

[BUSCAR LA VERDAD Y LA BELLEZA EN LA TRADUCCIÓN]

Enpero aun alguno dubdará cómmodo Iherónimo ponga aquí los defectos que auienen en las interpretationes commo non puso otros mayores, ansí commo non seer verdadera la traslatión o non seer complida. La respuesta es que mayor defecto es non seer verdadera o complida que non seer de igual fermosura la traslatión con el original o seer más larga poniendo muchos vocablos por uno, enpero non dixo de aquellos dos defectos. La primera razón es porque algunos defectos son tolerabiles otros no. Seer la traslatión falssa non guardada la verdad de la sentencia del original non es tolerabile nin se puede por alguna legítima causa escusar. Otrosí non seer complida dexando algo de la sentencia del original non es de sofrir, ca faze non seer traslatión, mas manera de flores sacadas de la obra et non de obra trasladada o interpretada. Los otros dos defectos son tolerabiles porque se fazen con causa razonable, et por ende de esto deuió fablar. La segunda porque seer falsedad en la sententia o non auer complimiento non se llaman defectos, mas son errores, porque defecto se dice quando queda la substantia de la causa et fallece alguna cosa de accidental perfectión, et ansí es quando non se guarda tanta fermosura en la traslatión commo en el original scripto, o quando se ponen muchos vocablos por uno, ca todo es fallecimiento de fermosura. Error se dice quando non es aquella cosa que se busca, et esto es quandoquier que fallece algo de la substancia de la cosa, ca qualquier cosa de lo substancial faltando non queda algo de la naturaleza de la cosa et ansí non es aquella cosa que demandamos, ansí commo en logar de piedra poniendo árbol, ca non son de una substancia o naturaleza, esto auiene non seyendo verdadera la traslatión o non seyendo complida, ca falta lo substantial de la traslatión lo qual es la sententia puesta en un lenguaje passarla en otro, pues non se llama esto defecto mas error. Et Iherónimo solo quiso fablar de los defectos que acaecen en la traslatión quedando ella interpretación, et aquellos dos tiran el seer de la traslatión et por ende non los puso por defectos. La tercera et principal es porque Iherónimo fabló de los defectos que non se pueden excusar nin estorcer por alguna vía et auienen a los letrados varones et por ende non son de redargüir, tales son los dos nonbrados. Del primero se prueua, ca non es en poder del interpretador quantoquier

letrado que sea la traslatión seer bien sonante en la lengua en que la faze et guardar toda la fermosura de la lengua original, ca commo dos lenguas sean de diuerssas conditiones, lo que en una es apuesto non suena bien en la otra, et porque para quedar la condición de traslatión deue el traslado seguir la propiedad del original quanto pudiere es necessario que algún defecto de fermosura sea en la traslatión. Otrosí en la ygualdad de los vocablos desfallecer non es en poder de los intérpretes quantoquier sea letrados, ca en una lengua ha vocablos que non son en otra | et allí es necesario poner muchos en logar de uno, commo dicho es, et estos tales defectos porque non se pueden estorçer aun por los muy letrados súffrense et non son dignos de reprehensión, et tales dize Iherónimo que auía en su traslatión. Los otros dos, es a saber seer falssa la traslatión o non complidamente sacada, son errores que se pueden esquiar nin en ellos caen algunos letrados mas los solos ignorantes, cuyo oficio non era trasladar mas de los trasladantes aprehender, et por ende Iherónimo de estos non fabló, ca non da a entender auer tales menguas en su interpretación. (*Comento o Exposición De las crónicas o tiempos de Eusebio-Jerónimo* 8.112-159)

[HERRAMIENTAS DE LA LENGUA PARA EL TRADUCTOR]

Et es ypérbaton figura general et tiene so sí muchas figuras que se llaman modos de ypérbaton, et son cinco según dize Ysidoro, anástrophe, ysteron prótheron, parénthesis, thémesis, síntesis. De cada una de estas figuras usan los scriptores en los lenguajes que son por arte, ansí commo es el latino et el griego, et por eso auiene grande dificultad en la traslatión queriendo el interpretador seguir la condición de la lengua original, ca para esto onde quier que ouiere anástrophe o síntesis o parénthesis o otra figura en el original lenguaje hase de guardar en el traslado et non se puede bien fazer, ca en un logar sufre el lenguaje griego anástrophe o síntesis o parénthesis o otra figura, en el qual non la consiente la lengua latina, por lo qual ya allí auerá desemejança entre el original et traslado. Estas figuras de ypérbaton non se usan en el vulgar todas nin tantas veces commo en el latín o griego, porque en el vulgar non es artificioso lenguaje, et por esto será mayor diuersidad et desemejança entre la traslatión fecha de latín o griego en vulgar que de la interpretación fecha de griego en latín, et es por ende mayor dificul-

tad interpretar de latín en vulgar queriendo guardar la condición de la interpretación, la qual es seguir la propriedad del original lenguaje, que interpretar de griego en latín, ca el vulgar pocas figuras sofre et pocos colores de fabla recibe. (*Comento o Exposición De las crónicas o tiempos de Eusebio-Jerónimo* 8.15-33)

[LA IDIOSINCRASIA DE CADA LENGUA]

Ese suyo porque ansí lo diga linage o modo de fabla. Quiere decir allégase a estas dificultades o durezas otra, es a saber ese suyo linage o modo de fabla et aquí parece bien el exemplo de la diuersidad de la traslatión, ca esto en latín según lo pone Iherónimo es apuesto et en nuestro vulgar parece fabla barbaresca. Et esto auiene por la propiedad del lenguaje ca lo que en latín bien suena en nuestro vulgar es áspero. [...] Llámase linage o modo de fabla según de qualquier lenguaje, ca ansí commo en las cosas naturales tiene cada una alguna condición propria a ella en la qual tiene diferencia de las otras cosas ansí los lenguajes tienen sus condiciones et propriedades, et la qual es de uno non es de otro, por la qual según lo que en uno bien suena en otro mal ecesa. [...] tiene cada lenguaje una según de fabla la qual es suya et non de otro lenguaje nin se puede de él apartar nin otra lengua puede usar de aquella manera o condición de fabla nin aquella lengua cuya es la según puede desechar aquella condición de fabla usando de otra, et por esto el linage o modo de la fabla es seruiente et subjecto al lenguaje (*Comento o Exposición De las crónicas o tiempos de Eusebio-Jerónimo* 8.124-177)

Texto de T. González Rolán & A. López Fonseca, *Breuiloquium de amore et amicitia / Tratado de amor y amicitia. I. De amore. Estudio y edición crítica bilingüe de los textos latino y romance*, Madrid, Guillermo Escolar, 2021, p. 131.

[AUTOTRADUCCIÓN AL ROMANCE]

Como sea condición del bien estender para obrar e aprovechar, según dize sant Dionisio en el libro *De los nombres de Dios*, la real bondad sin medida excediente a las obras bondades non solamente para sí

queriendo delectación o exerçio en leer por el dicho comento, la qual por el primero scripto a ella era muy fáçile de aver, mas aun queriendo aprovechar a los otros que del latino stilo non expertos podían por el stilo vulgar exerçitar sus engenios, el dicho latino comento en romanç castellano mandó interpretar por que si en la dicha obra algúm fructo oviese a todos fuese manifestado. E yo con promptísima voluntad obedesçiendo, como a mí sea muy singular alegría servir a la tan exçelente real alteza e complido plazer entender los mis trabajos seer en servicio aceptados e gratos a la real magestad, lo a mí mandado con todas mis fuerças executé. En lo qual a la exçelente real discreción suplico non culpar el mi rudo stilo por yo seer inexperto en la pureza de la fermosura de las vulgares palabras, eso mismo en el latino stilo, eso mismo yo más curé esta interpretación más seer fructuosa que fermosa o curiosa, nin del todo la orden del latino comento en las palabras aquí se pudo guardar, ca las palabras latinas algunas veces son más llenas de significado e comprehensión que las vulgares e non pudo a una sola palabra latina otra sola vulgar corresponder, mas fue nesçesario multiplicar. En lo qual el discreto lector e atento pare mientes que aunque alguna vegada las palabras vea variadas, la sentencia siempre está, de lo qual la forma es la que se sigue.

[8]

JUAN DE MENA (1411-1456)

Texto de T. González Rolán & A. López Fonseca, *Traducción y elementos paratextuales: los prólogos a las versiones castellanas de textos latinos en el siglo XV. Introducción general, edición y estudio*, Madrid, Escolar y Mayo, 2014.

[TRADUCCIÓN EN TERCER GRADO]

Y aquesta consideración antelevando, grand don es el que yo traigo si el mi furto y rapina non lo viçiare, y aun la osadía temeraria y atrevida, es a saber de traduzir e interpretar una tanto seráfica obra como la *Iliada* de Omero, de griego sacada en latín y de latín en la nuestra materna y castellana lengua vulgarizar.

La qual obra apenas pudo toda la gramática y aun la elocuencia latina comprehendér y en sí recebir los eroicos cantares del vatiçinante poeta Omero; pues ¡quánto más fará el rudo y desierto romanç! E acaescerá por esta causa a la omérica *Ilíada* como a las dulces y sabrosas frutas en la fin del verano, que a la primera agua se dañan y a la segunda se pierden. Así esta obra recibirá dos agravios: el uno en la traducción latina, e el más dañoso y mayor en la interpretación del romanç, que presumo y tiendo de le dar.

E por esta razón, muy prepotente señor, dispuse de no interpretar de veinte y quatro libros que son en el volumen de la *Ilíada*, salvo las sumas brevemente d'ellos; no como Omero palabra a palabra lo canta, ni con aquellas poéticas estensiones y ornación de amterias, ca, si así oviera de escrevir, grand aparato y compendio se fiziera. (*Prólogo a las Sumas de la Ilíada de Omero, traducción castellana sobre la versión latina de Pier Candido Decembrio*, p. 362)

[9]

GIANNOZO MANETTI (1396-1459)

Textos de J. M. Ruiz Vila (ed.), *G. Manetti. Apologeticus. En defensa de su traducción*, Madrid, Escolar y Mayo, 2014.

[DEFINICIÓN DE TRADUCCIÓN]

Libro 5,19 Entonces, como en el primer libro de este *Apologético* he tratado sobre los diferentes detractores de todos los autores así como vida y milagros de todos los santos escritores antiguos, en el segundo de los diversos intérpretes de las Sagradas Escrituras, y en el tercero y cuarto he explicado copiosa y profusamente cada una de las diferencias y divergencias entre la famosa traducción de los Setenta ancianos y el texto hebreo original, resta que en este libro quinto y último introduzca algunas ideas dignas de mención sobre lo que debe ser una traducción correcta. **20** Por tanto, como tengo que tratar en adelante lo que debe ser una traducción correcta, debería empezar oportunamente por su definición. Todo método sobre el aspecto que sea que pretenda una investigación sistemática debe partir de una de-

finición para que se entienda qué es de lo que se va a debatir, según la famosa opinión de nuestro querido Cicerón¹⁸. **21** Una traducción correcta es, por tanto, una versión adecuada y conveniente de cualquiera de las lenguas nobles basadas en leyes y normas a otra parecida o casi similar respetando la materia concreta de que se trate. Y es que si de los cuatro idiomas más famosos, hebreo, arameo, griego y latín, dejando al margen todos los demás, se vierte correctamente de uno cualquiera a otro respetando la diversidad de la materia, sin duda esa traducción debería calificarse de correcta. **22** Pero, por el contrario, si se diera el caso de pasar de una de esas a la lengua materna, aunque concurrieran todos los otros elementos que requiere una traducción correcta, no se podría calificar propiamente, sin embargo, de traducción correcta, puesto que la versión correcta, según parece, exige y demanda cierta dignidad en la forma de expresión de la lengua de llegada. Es preciso también que concurran de forma necesaria muchos otros aspectos en este tipo de traducción que estoy tratando.

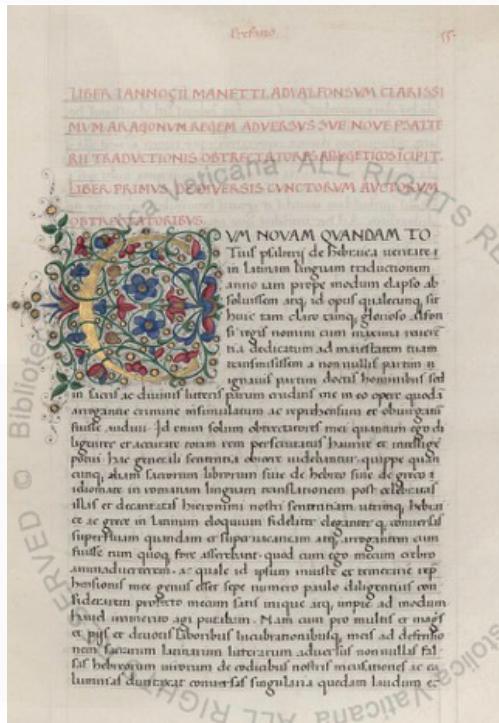
[REQUISITOS PARA HACER UNA BUENA TRADUCCIÓN]

23 En primer lugar es preciso tener un conocimiento de la lengua de partida que no sea ni escaso ni superficial sino detallado y practicado con frecuencia, riguroso, cuantioso y constante, conseguido mediante la lectura de poetas, oradores, historiadores, filósofos y, si hubiera que traducir de las Sagradas Escrituras, de reputados sabios; en efecto, quien no haya leído, hojeado y trabajado con diligencia y rigor, no podrá entender y captar bien las peculiaridades y significados de las palabras¹⁹. **24** Sin un inequívoco y exacto entendimiento de todos ellos, nadie es capaz de interpretar bien porque todos los autores, especialmente los más refinados, usan con frecuencia tropos y figuras de dicción. Si las palabras se interpretan tal como suenan, el resultado será una versión no solo ridícula y tonta, sino también, a veces, equivocada (...) **27** Por tanto, si se hace necesario para una correcta traducción, como he dicho, el conocimiento de la lengua de partida, sin duda mucho más necesario será, según parece, la compe-

¹⁸ CIC., *off.* 1,2,7

¹⁹ A partir de este punto Manetti sigue muy cerca el *De interpretatione recta* de L. Bruni sin indicación alguna; cf. BRUNI, *interpr.* 1,2,1-4.

tencia en la lengua de llegada. Pues quien quiera traducir correctamente, no podrá conseguir de ninguna manera su propósito salvo que domine de tal manera la lengua de llegada que sea absolutamente competente y, por así decirlo, la haya hecho tan suya que cuando tenga que verter una palabra similar a otra, cosa que sucede a menudo, no se vea obligado bajo ninguna circunstancia a mendigarla o la deje en esa lengua extranjera como un término exótico y raro por pura ignorancia. **28** Igualmente es preciso que conozca al detalle y con exactitud el sentido y la esencia de las palabras no sea que en su traducción diga “moderado” en lugar de “pequeño”, “valentía” por “valor”, “guerra” por “batalla” o, en fin, “ciudad” por “ciudadanía”²⁰. Es necesario también que sea experto en los usos y figuras de dicción que los mejores escritores usan por doquier²¹. Este aspecto lo colocamos en tercer lugar entre los valores de una buena traducción. **29** En cuarto lugar, además, se requiere que todo buen traductor tenga el oído bien afinado y liviano para que no se dé el caso de distorsionar y deformar lo que se ha dicho con gracia y buen gusto²². Estos conceptos son necesarios, como se ha dicho antes, para cualquier traductor bueno y acertado.



Biblioteca Apostólica Vaticana, ms. Urb. Lat. 5, f. 61r, inicio del *Apologeticus* de G. Manetti

²⁰ cf. BRUNI, *interp*. 1,4,3-9.

²¹ cf. BRUNI, *interp*. 1,4,12-13.

²² cf. BRUNI, *interp*. 1,5,1-3.

[ERRORES DE TRADUCCIÓN]

En efecto, todos estos aspectos se manifestarán mediante obvios y patentes vicios de cualquier traductor enfrentados directamente cara a cara con los citados valores. Los errores manifiestos de todo traductor son de este tipo. **30** Si captan mal lo que están traduciendo, o lo trasladan mal, o si lo que se ha dicho de forma clara y armoniosa lo vierten de tal forma que lo vuelven inadecuado, de mal gusto y deformado, se les calificará con toda razón como malos traductores²³. Además, en modo alguno serán considerados buenos traductores si los dos tipos de figuras retóricas habituales y conocidas, esto es, de palabra y de pensamiento, con los que se cuida y adorna, al parecer, todo escrito, no los expresa de tal forma que se conserve la prestancia del autor original y, si no por completo, al menos en su mayor parte. **31** Por eso, si tanto estos valores del proceso de traducción y esos vicios de los que he hablado, los primeros no se aplican con solicitud y los segundos, por su parte, se evitan con rigor, no podría haber ni existir una sola traducción correcta, hecho que podemos mostrar de la manera más evidente y obvia con un único e insigne ejemplo relacionado con la nobleza de la pintura. **32** De ninguna manera voy a elogiar con razón por una correcta manifestación artística a quienes, intentando reproducir un cuadro a imitación de otro, no capten con habilidad y destreza la silueta, el estado, el movimiento y la forma de todo el cuerpo, así como los y los colores y no se paren a pensar no ya lo que van a hacer ellos, sino lo que ha hecho el otro tan pormenorizadamente que respeten con solicitud y rigor todos los aspectos que he citado²⁴.

33 Exactamente lo mismo es necesario que le suceda a todo traductor. En modo alguno se le podrá elogiar merecidamente por su traducción correcta si, en primer lugar, no expresa bien y con buen gusto el sentido y la peculiaridad de cada palabra; si, en segundo, no expresa el significado de las oraciones, si, además, tampoco las figuras de dicción y pensamiento apropiadas y si, para colmo, no expresa la grandeza y dignidad del autor original en su traducción.

²³ cf. BRUNI, *interpr.* 1,6,1-3.

²⁴ cf. BRUNI, *interpr.* 1,7,6-9.

[TRES SON LAS FORMAS DE TRADUCCIÓN]

34 Entonces, como ya he definido qué es una traducción correcta, parece coherente que no pueda ser correcta una traducción hecha al pie de la letra. Hay, en efecto, tres formas posibles de verter un texto: una, al pie de la letra; otra, por el sentido, y una tercera cuando, ocasionalmente, se omiten ciertos elementos por cuestiones de estilo y se añaden otros según el criterio y la voluntad del traductor. La interpretación al pie de la letra es aquella en la que se traduce palabra por palabra. **35** Por el sentido, por su parte, cuando solo se conserva el significado y no se respetan las palabras ni las figuras de dicción. Ahora bien, saltarse expresiones un poco crípticas para que su presencia no estropee nuestra traducción, o bien añadir palabras para amplificar el sentido (esta segunda opción se da necesariamente por las dos razones), resulta, sin embargo, admisible a condición de que se conserve el significado original del autor, a pesar de las omisiones y adiciones, según he leído que han hecho, en ocasiones, los mejores escritores, como demostraré un poco más adelante de la forma más evidente.

[TIPOLOGÍA TEXTUAL COMO CRITERIO TRADUCTOLÓGICO]

45 Lo primero es que, aunque una interpretación al pie de la letra, como he dicho antes, no resulta correcta ni adecuada para autores laicos y profanos como tampoco para religiosos y sagrados, es preciso, sin embargo, establecer unas diferencias, no pequeñas precisamente, sino amplias y considerables entre las traducciones de poetas, oradores, historiadores por una parte y, por otra, de filósofos y teólogos. **46** En efecto, conviene que se encuentren en cualquier versión los tres principios explicados antes de modo que, una vez respetado el sentido de alguna manera, se vea que todo lo demás se ha arreglado y aderezado según la diversidad y variedad manifiestas de los autores originales. Los otros dos tipos de texto requieren y demandan una traducción más formal y seria. **47** Y es que, por empezar por los poetas, dicen que Cecilio y Terencio tradujeron las obras de Menandro, poeta cómico, igual que Ennio, Pacuvio y Accio las tragedias de Eurípides y Sófocles, con tan buen gusto

que no eran menos leídas por los expertos en ambas lenguas de aquellos tiempos ni con menos placer que los autores originales de esos famosos dramas (...) 49 Sobre los oradores podemos entender y deducir lo mismo (...) 50 De los historiadores pienso y digo lo mismo. Creo que los traductores antiguos no tradujeron nunca del griego al latín a los mejores y más lejanos en el tiempo, puesto que he leído que no se llegó a hacer nunca. No ignoro, sin embargo, en absoluto que Tucídides y Heródoto, los dos más importantes y refinados historiadores de todos los demás griegos, han sido traducidos al latín por dos de los varones más insignes de nuestro tiempo y no al pie de la letra, sino por el sentido, como tenía que ser.

Por lo demás, en lo que atañe a filósofos y teólogos, aunque, como he dicho, todas las interpretaciones no se pueden hacer al pie de la letra, sin embargo, no debe ser tan imprecisa, vaga e indeterminada en cuanto a palabras y sentido, pero tampoco acicalada con aderezos y ornamentos, sino que en ocasiones debe ser más concreta, definida y exacta en estos dos tipos de texto que en los tres anteriores²⁵. 53 En pro de la definición y expresión del sentido, en lo que abundan las dos materias mencionadas, se requiere, en primer lugar, que no se usen ni más ni menos palabras a menos que una exigencia perentoria de tropos, figuras y metáforas y, a lo mejor, una exagerada dificultad a la hora de entender, pudiera exigirlo y demandarlo, actitud que considero y creo con razón que se ha de respetar en las Sagradas Escrituras [...] 56 Porque si es preciso que los intérpretes latinos de filósofos griegos, debido a la importancia de sus afirmaciones y planteamientos, deben hacer una traducción elegante con mayor exactitud y precisión que los traductores de otros autores mundanos, ¿qué debemos pensar de las versiones de las Sagradas Escrituras en las que todas sus afirmaciones son sagradas y de origen divino y solo en ellas parece que se asienta y se fundamenta principalmente toda la salvación humana? 57 A pesar de esta situación, parece, sin embargo, que los mejores intérpretes de las Sagradas Escrituras se han abstenido de una interpretación al pie de la letra, es decir, la que

²⁵ Poetas, oradores e historiadores.

oscurece el sentido y a veces lo pervierte, hasta el extremo de poder insertar en el texto sagrado no solo amplificaciones sino también cambios en la traducción.

[LA TRADUCCIÓN DE LA BIBLIA TIENE SU MÉTODO PROPIO]

81 Pues bien, por lo que respecta a todos los traductores de textos a otros idiomas, mi opinión es que se puede, y es factible, traducir de formas diferentes todos y cada uno de los textos de otros autores, excepción hecha de las Sagradas Escrituras, en función del libre criterio de sus traductores, a condición solamente de que se conserve el sentido de los textos originales. Por su parte, la Sagrada Escritura, debido a la autoridad divina de todas sus partes, que no conoce el error ni puede estar equivocada, exige y demanda principal y básicamente, al parecer, una interpretación formal y rigurosa, seria y estudiada. **82** Sin embargo, no debe hacerse una versión tan literal que no se separe casi nunca del texto en pro del entendimiento y la claridad, ni tampoco es preciso que sea tan libre y afectada que se aleje mucho y nunca añada texto nuevo sin olvidarse del original, ni traduzca y exprese de formas distintas muchos otros pasajes como le convenga, según esta ley tan estricta, tan severa y tan rigurosa sobre la interpretación de las Sagradas Escrituras que nos dio a conocer, y al tiempo respetó, nuestro querido Jerónimo, el mejor y más serio intérprete. **83** En efecto, en su traducción completa al latín, sumamente útil y provechosa, de ambos Testamentos, el Antiguo en hebreo, el Nuevo en griego, se aparta de vez en cuando de la literalidad de modo que no solo respeta el sentido sagrado al pie de la letra, sino que incluso lo clarifica y lo hace más elegante y sobresaliente.

[10]

JUAN DEL ENCINA (1469-1529/30)

Texto de T. González Rolán & A. López Fonseca, *Traducción y elementos paratextuales: los prólogos a las versiones castellanas de textos latinos en el siglo XV. Introducción general, edición y estudio*, Madrid, Escolar y Mayo, 2014, pp. 281-282.

[SALVAR LAS DIFERENCIAS ENTRE EL LATÍN Y EL CASTELLANO]

Y muchas dificultades hallo e la traducción de aquesta obra, por el gran defeto de vocablos que ay en la lengua castellana en comparación de la latina, de donde se casa en muchos lugares no poderles dar la propria significación, quanto más que, por razón del metro y consonantes, será forçado algunas veces de impropriar las palabras, y acrecentar o menguar según hiziere a mi caso. Y aún muchas razones avrá que no se puedan traer al propósito, mas aquellas tales, según dize Servio, avémoslas de tomar como razones pastoriles así simplemente dichas y, si fuere necesario, usar de aquello que usan los eclesiásticos diziendo un salmo por un solo verso que haze al caso de la fiesta. Mas en quanto yo pudiere y mi saber alcançare, siempre procuraré seguir la letra, aplicándola a vuestras más que reales personas, y endereçando parte d'ello al nuestro muy esclarecido príncipe don Juan, vuestro bienaventurado hijo, y atribuyendo cada cosa al que mejor se pudiere atribuir. (*Prólogo a la traducción de las Bucólicas de Virgilio*)

[II]

MARTIN LUTERO (1483-1546)

Texto de A. Parada (ed.), *Martín Lutero. Una epístola sobre la traducción y la intercesión de los santos*, Madrid, Escolar y Mayo, 2017, pp. 97-108.

[TRADUCIR TEXTO SAGRADO EN UN ALEMÁN
QUE EL PUEBLO CONSIGA ENTENDER]

Por otra parte, debéis señalar también que he llevado el Nuevo Testamento al alemán de la mejor y más pulcra manera que he podido, sin obligar con ello a nadie a leerlo, sirviendo a aquellos que no lo saben hacer mejor, de modo que nadie tiene prohibido intentar mejorarlo. Quien no quiera leerlo, que no lo toque, que yo no se lo mando a nadie ni he de celebrarlo. Es mi Testamento y mi traducción, y así es y habrá de ser. Si en algo me he equivocado (de lo cual no soy desde luego consciente, y no sabe pensar que yo haya traducido mal por puro antojo una sola

letra), ello no es algo que quisiera que juzgasen los papistas, pues aún son sus orejas demasiado largas y su ii-aah ii-aah demasiado débil como para poder juzgar mi forma de traducir. Bien sé, y lo saben ellos menos que el animal del molinero, pues no lo han intentado, cuánta diligencia, cuánto esfuerzo, razonamiento y sentido común son necesarios para el buen traducir. Se dice que a quien construye a la vera del camino, muchos maestros le surgen. Y así me ocurre a mí también. Aquellos que nunca han sabido hablar bien, y mucho menos traducir, quieren ser siempre mis maestros, de modo que yo tengo que convertirme en discípulo de todos ellos. Ahora bien, si acaso les hubiera preguntado cómo se habrían de traducir al alemán las dos primeras palabras de Mateo 1, *Liber generationis*, ninguno de ellos habría sabido decir ni iota. ¡Y ahora son estos mismos señores los que pretenden opinar sobre toda mi obra! Así le ocurrió también a san Jerónimo cuando tradujo la Biblia, que el mundo entero quería ser maestro suyo y era él el único que no sabía nada de nada, de modo que juzgaban la obra del buen hombre aquellos que no habrían merecido ni limpiarle los zapatos. Siendo esto así, es necesaria mucha paciencia para hacer algo bueno por el bien común, pues el mundo entero quiere seguir dándoselas de sabihondo, empezar siempre la casa por el tejado, opinar de todo sin saber hacer nada. Así son y serán siempre.

[...] Si vuestro papista pretende anda liándola con la palabra “sola”, decidle al momento sin más que el Doctor Martín Lutero así lo quiere, y así afirma: papista y burro son una misma cosa. [...] Sin embargo, a vos y a los nuestros quiero decir por qué he querido usar la palabra “sola”, si bien en Romanos 3 no uso “sola”, sino *solum* o *tantum*. ¡Sí que se fijan bien los borricos en mi texto! Ciento es que en otras partes he usado *sola fide* y también que quiero ambas, *solum* y *sola*. A la hora de traducir me he esforzado por ofrecer un alemán limpio y claro. Y nos ocurrió con frecuencia que buscamos y requerimos durante catorce días, tres, cuatro semanas una palabra y que, en ocasiones, no hemos podido encontrarla. Así cuando el Maestro Philipps, Aufragallus²⁶ y yo mismo trabajábamos en Job, veces había en que apenas podíamos finalizar tres líneas en cuatro días. Querido amigo, ahora que está traducido al alemán y listo, todo

²⁶ Se trata de Philipp Melanchthon (1497-1560) y Matías Goldhahn (ca. 1490-1543), profesor de hebreo que colaboró con Lutero en la traducción del Nuevo Testamento.

el mundo puede leerlo y comprenderlo. Si alguien pasa ahora los ojos a lo largo de tres o cuatro hojas no tropieza con nada, no se percata, dado que camina sobre una tabla lisa, de las piedras y los palos que había ahí: ¡lo que tuvimos que sudar y exasperarnos antes de poder apartar del camino estas piedras y palos, para que se pudiese andar sin trabas! Es fácil arar cuando el campo está limpio. Pero desbrozar el bosque, arrancar los tocones y disponer el campo es algo que nadie quiere acometer. No hay que esperar gratitud del mundo, pues ni Dios mismo, que ha dado el sol, el cielo y la tierra y que ha entregado a su propio hijo a la muerta, la recibe; es y seguirá siendo el mundo que es... en el nombre del diablo, pues otra cosa no quiere.

Por tanto, en Romanos 3 yo bien sabía que en el texto latino y griego no figuraba la palabra *solum*, lo cual los papistas no tendrían que haberme enseñado. Es cierto que esas cuatro letras no figuran en el texto, letras que esos burros miran como una vaca contempla un portón nuevo. Sin embargo, no ven que se corresponden con el sentido del texto y que cuando este se quiere verter de forma clara y precisa al alemán hay que incluirlo, pues he pretendido yo hablar alemán, no latín o griego, dado que mi intención a la hora de traducir era hablar alemán. Y es esta la forma de nuestra lengua alemana, que cuando se habla de dos cosas afirmando una y negando la otra se usa la palabra *solum* (*allein*) al lado de la palabra “no” (*nicht* o *kein*). [...] En todas estas expresiones la lengua alemana, a diferencia de la latina o griega, añade la palabra *allein*, solo, pues así es propio de ella, para que la palabra *nicht* o *kein* queden más completas y claras [...] pues no hay que inquirir a las letras en lengua latina sobre cómo ha de hablarse en alemán, tal como hacen esos burros, sino que hay que preguntar a la madre en su hogar, a los niños en las callejuelas, al hombre común en el mercado y fijarse en sus bocas y ver cómo hablar y traducir según ello; entonces lo entienden y sienten que se habla alemán como ellos.

Cuando Cristo dice *Ex abundantia cordis os loquitur*, de hacer caso a estos burros, estos me explicarán las letras y traducirán *Aus dem überflus des hertzen redet der mund*²⁷. Y dime. ¿Es esto hablar alemán? ¿Qué hombre alemán comprende eso? ¿Qué significa eso *überflus des hertzen*,

²⁷ “De la abundancia del corazón habla la boca”.

la abundancia del corazón? Eso es algo que ningún alemán es capaz de decir, a no ser que quiera decir que alguien tiene un corazón demasiado grande o demasiado corazón, lo cual tampoco es acertado del todo. Y es que lo de *überflus des hertzen* es tan poco alemán como tan poco alemán es *Überflus des hauses, überflus des kacheloffens, überflus der banck*²⁸, de modo que la madre en su hogar y el hombre común dicen *Wes das hertz vol ist, des gehet der mund über*²⁹. Esto sí que es hablar buen alemán, que yo busqué con denuedo, si bien lamentablemente no siempre lo alcancé ni siempre acerté, pues las letras latinas dificultan mucho hablar buen alemán.

Así, cuando el traidor Judas dice, Mateo 26: *Ut quid perditio hec?* Y Marcos 14: *Ut quid perditio ista ungenti facta est*³⁰, si sigo a los burros y su al pie de la letra, tendría que traducir: *Waruemb ist diese verlierung der salben geschehen*?³¹ Pero, ¿qué alemán es ese? ¿Qué alemán habla así: ha ocurrido la pérdida del ungüento? Y aunque lo entendiese, pensaría que se ha perdido el ungüento y que hay que buscarlo de nuevo, aunque también esto sigue siendo oscuro y ambiguo. Si esto es buen alemán, ¿por qué no dan un paso al frente y nos ofrecen en consonancia un fino y hermoso Nuevo Testamento en alemán, dejando a un lado el Testamento de Lutero? Digo yo que deberían dar a conocer su arte. Bueno, el hombre alemán dice, por tanto, *Ut quid*, etc., “¿A qué tal desperdicio?” o “¿A qué tal pérdida?” Ítem, Lástima por el ungüento, esto sí que es buen alemán, que da a entender que Magdalena no hizo un uso apropiado del ungüento derramado y que por ello había causado un perjuicio, y esta era la opinión de Judas, con la cual pretendía llamar a enmienda.

Ítem, cuando el ángel saluda a María y dice: “Saludada seas, María, llena eres de gracia, el Señor está contigo”³². Pues bien, lo cierto es que hasta ahora se ha llevado mal al alemán siguiendo la letra latina. Pero dime, ¿esto es también buen alemán? ¿Cuándo dice el hombre

²⁸ “Abundancia de la casa, abundancia de la estufa de azulejos, abundancia del banco de madera”.

²⁹ “Eso de lo que está lleno el corazón por la boca sale”.

³⁰ Mateo 12,34 y Lucas 6,45.

³¹ “¿Por qué ha ocurrido esa pérdida del ungüento?”.

³² Lucas 1, 28: “Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo”.

alemán “llena eres de gracia”? ¿Y qué hombre alemán entiende lo que se pretende decir con “llena de gracia”? Se imaginará un barril lleno de cerveza o bolsas repletas de dinero. Esa es la razón de que lo haya llevado al alemán como *du, holdselige*³³, para que un alemán pueda imaginar mejor qué es lo que el ángel quiere decir con su saludo. Pero hete aquí que los papistas se desesperan conmigo por haber estropeado el saludo angelical, y ello sin que yo hubiese acertado con el mejor alemán. De haber escogido aquí el mejor alemán y haber traducido el saludo como *Gott grüsse dich du liebe Maria*³⁴, pues esto es lo que quiere decir el ángel y así habría hablado si hubiera querido saludarla en alemán, pienso que se habrían ahorcado de puro arrobo hacia la querida María y por haber destrozado yo de tal manera el saludo.

¿Pero qué me preocupo yo por ello? Se enfurecen y braman y no quiero yo oponerme a que traduzcan lo que quieran; pero también yo quiero traducir al alemán no como ellos quieren, sino como quiero yo. Quien no lo quiera, que no lo toque y se guarde su maestría, que yo no quiero ver ni oír, pues no les corresponde a ellos dar cuenta de mi traducción o justificarla. Oyes bien: yo quiero decir “tú, agraciada María”, “tú, querida María”, y que ellos digan “llena eres de gracia, María”. El que sabe alemán reconoce bien lo hermosa y adecuada que es la palabra y expresión esta de “querida María”, “querido Dios”, “querido Emperador”, “querido príncipe”, “querido hombre”, “querido niño”. Y no sé yo si en latín o en otras lenguas cabe usar esta palabra de “querido” de forma tan afectuosa y llena de sentido, que penetra y resuena en el corazón y a través de todos los sentidos, como en nuestra lengua.

Pues yo considero que san Lucas, en tanto maestro en las lenguas hebrea y griega, pretendió reproducir y atinar la palabra hebrea que usó el ángel con el griego *kejaritomeni*. Y pienso yo que el ángel Gabriel habló con María como habló con Daniel, y que se dirigió a él con *hamudoth e Isch hamudoth, vir desideriorum*, esto es, “tú, querido Daniel”, pues esta es la forma de hablar de Gabriel, tal como vemos en el Libro de Daniel. Si yo ahora tuviera que traducir al

³³ “Tú, agraciada”.

³⁴ “Dios te saluda, querida María”.

alemán siguiendo el arte asnal al pie de la letra tendría que decir *Daniel du man der begirungen* o *Daniel du man der lueste*³⁵. ¡Pues sí que sería un buen alemán este! Bien oye un alemán que *Man*, *Lueste* o *begirunge*³⁶ son palabras alemanas, si bien no son palabras verdaderamente alemanas, de modo que *lust* y *begir*³⁷ irían mejor. Sin embargo, si se enlazan de este modo “hombre de los anhelos”, no hay alemán que sepa qué se quiere decir, de modo que puede pensar que Daniel alberga malas apetencias. ¡Pues sí que estaría bien traducido esto! Esta es la razón de que aquí tenga que dejar la letra a un lado y averiguar cómo dice esto el alemán donde el hebreo dice *Isch Hamudoth*. Ya mí me parece que el hombre alemán dice *du lieber Daniel*, *du liebe Maria* o *du holdselige magd, niedliche iungfrau, du zartes weib*³⁸ y semejante. Pues aquel que quiera traducir tiene que tener gran acopio de palabras, para recurrir a ellas allí donde una sola no suena bien en todas partes.

¿Y para qué explayarme y extenderme aquí con lo de traducir? Si tuviera que dar cuenta de todas mis palabras y todos mis pensamientos, probablemente tendría que estar escribiendo durante un año sobre el arte, el esfuerzo y el trabajo que supone traducir, lo que yo mismo he tenido que averiguar muy bien. De ahí que no quiera admitir yo aquí como juez o crítico ni a un burro ni a un mulo papista o bocazas que nada han intentado. Quien no quiera mi traducción, que la deje estar. A quien no le guste o quien la enmiende sin mi acuerdo o conocimiento, que el diablo se lo agradezca. Si ha de enmendarse, yo mismo he de hacerlo; y allí donde yo mismo no lo haga, que se deje la traducción en paz y que cada cual haga lo que quiera para sí mismo y que le vaya bien.

Con la conciencia tranquila puedo decir que he puesto en ella la mayor fidelidad y el mayor empeño y que jamás he tenido un pensamiento desviado, pues ni he tomado ni buscado ni ganado un solo

³⁵ “Daniel, hombre de las apetencias” o “Daniel, hombre de los deseos” respectivamente.

³⁶ “Hombre, deseos, apetencias”.

³⁷ “Deseo”, “apetencia”.

³⁸ “Querido Daniel”, “Querida María”, “Agraciada muchacha”, “Encantadora doncella”, “Dulce mujer”.

céntimo a cambio. Así, mi Dios y Señor sabe que no he buscado con ella mi honor, sino que lo he hecho por servir a mis queridos cristianos y en honor del que desde allá arriba me hace hora tras hora tanto bien, de modo que, aunque hubiera traducido mil veces tanto y de forma tan afanosa, no habría merecido vivir a pesar de ello una sola hora o tener un ojo sano. Lo que soy y lo que tengo se lo debo a su gracia y misericordia. Sí, solo a su preciosa sangre y a su amargo sudor se debe, por ello que, si Dios así lo quiere, todo ha de ser en honor suyo, con alegría y todo el corazón. ¿Que los que emborronan papeles y los burros papistas hablan mal de mí? Así sea, pues los cristianos devotos me alaban a la par que alaban a su Señor Jesucristo, sintiéndome yo lo suficientemente premiado allí donde un solo cristiano ve en mí a un honesto trabajador. Nada me importan los burros papistas, indignos de valorar mi trabajo, de suerte que, en el fondo de mi corazón, pena me habría de dar que me alabasen. Su maledicencia es mi mayor fama y honor. Yo soy un doctor, sí, un doctor distinguido, y no serán ellos los que me quiten el nombre hasta el día del Juicio Final; de esto no tengo duda.

No he usado, sin embargo, demasiado libremente las palabras, sino que con mis ayudantes he prestado mucha atención a conservar una palabra según la letra allí donde esta tiene relevancia, y allí donde en Juan o Cristo dice: *Diesen hat Gott der Vater versiegelt* (“A este el Dios Padre lo ha sellado”)³⁹, seguramente habría quedado mejor en alemán *Diesen hat Gott der Valer gezeichnet* (“A este Dios Padre lo ha señalado”) o *diesen meinet Gott der Vater* (“A este se refiere Dios Padre”), Pero he preferido estorbar antes la lengua alemana que apartarme de la palabra. Ay, no es el traducir, desde luego, un arte que pueda ejercer cualquiera, como opinan esos benditos insensatos: es necesario un corazón recto, piadoso, fiel, esforzado, cuidadoso, cristiano, instruido, experimentado y adiestrado. De ahí que considere que no hay falso cristiano o espíritu sectario que pueda traducir fielmente, como así se ve en la traducción al alemán que se ha hecho de los *Profetas* en Worms, donde puede encontrarse desde luego gran empeño y se siguió muy de cerca mi alemán; sin

³⁹ Juan 6,27: “Dios, el Padre, lo ha acreditado con su sello”.

embargo, había judíos entre ellos que no mostraron gran reverencia a Cristo, y de no ser así habría habido suficiente arte y esfuerzo.

Quede esto dicho de la traducción y del arte de la lengua. Sin embargo, no me he fiado solo del arte de la lengua, ni he seguido simplemente la misma, a la hora de añadir *solum* en Romanos 3. Es que el texto y el pensamiento de san Pablo lo exigen y fuerzan, pues él mismo trata ahí de la pieza principal de la doctrina cristiana, a saber, que por nuestra fe en Cristo nos hacemos justos sin que medie la ley; y de tal manera deja las obras a un lado, que dice también que la obra según la ley (aun siendo la ley y la palabra de Dios) no llevan a la justicia. Y pone como ejemplo a Abraham, que se hizo justo sin obra, que incluso la mayor de ellas, un nuevo mandato de Dios para y por encima de todas las demás leyes y obras, a saber, la circuncisión, no le sirvió de ayuda para convertirse en justo. Así, se convirtió en justo sin la circuncisión y sin obra alguna, pero sí por la fe, como dice en el capítulo 4: *Ist Abraham durch die werck gerecht worden, so mag er sich rhuemen. Aber nichtfur Gott*⁴⁰. Por tanto, allí donde no se tienen de ninguna manera en cuenta las obras habrá que creer que solo la fe puede convertir a uno en justo. Y quien pretenda hablar claramente y sin rodeos de la ausencia de obras ese tiene que decir que solo la fe y no las obras nos llevan a la justicia; por tanto, el asunto en sí lo impone, además de la naturaleza de las lenguas.

[12]

JUAN LUIS VIVES (1493-1540)

Texto de J. M. Rodríguez Peregrina (ed.), *Juan Luis Vives. Del arte de hablar*, Granada, Universidad de Granada, 2000, pp. 169-173.

[RETOS Y REQUISITOS DE UNA CORRECTA TRADUCCIÓN]

53. La versión consiste en pasar las palabras de una lengua a otra lengua conservando el sentido. En algunas de ellas tan sólo se atiende al sentido, en otras sólo al estilo de la expresión, por ejemplo,

⁴⁰ Romanos 4,2: “Si Abraham hubiera alcanzado la salvación por sus obras, tendría razón para presumir; pero no sucedió así ante Dios”.

si se intenta trasladar a otras lenguas los discursos de Demóstenes o de Marco Túlio, o la poesía de Homero o de Marón, conservando en todo su ser la apariencia y el color de su lenguaje; intentar esto sería propio de un hombre que no acaba de comprender cuán grande es la diversidad en el campo de las lenguas. Ninguna lengua es, en efecto, tan abundante y variada que pueda tener una correspondencia exacta con las figuras y configuraciones incluso de la más pueril: “A nosotros no nos viene bien todo cuando lo tomamos del griego”, dice Marco Fabio, “así como tampoco a ellos les ha venido bien cada vez que han pretendido consignar con sus propias palabras las nuestras”. El tercer tipo se da cuando tanto al contenido como a las palabras se les otorga la misma importancia, es decir, cuando las palabras aportan fuerza y encanto al sentido, y ello tanto si se las considera de forma aislada, en unión o en todo el conjunto del discurso. En las versiones en que únicamente se tiene en cuenta el criterio del sentido la interpretación de las palabras es más libre, y se tiene cierta indulgencia tanto para el que omite algo que no afecta al sentido como para el que añade algo que ayude al sentido. Las figuras y esquemas de una lengua son inexpresables en otra y mucho menos las expresiones idiomáticas. Y no veo qué sentido tiene admitir un solecismo o un barbarismo, por tal de representar el sentido exactamente con las mismas palabras, como hicieron algunos en el caso de Aristóteles y en las Sagradas Escrituras.

54. Estará permitido traducir dos palabras por una y una por dos; y tratándose de cualquier otro número, cuando ya domines la lengua, aún más: añadir o suprimir algo. [...] Aunque no voy yo a tolerar fácilmente que un traductor cualquiera se otorgue a sí mismo tanta libertad, a no ser que antes haya asegurado y analizado que no se equivoca y que, en el arte del que trata, ha puesto el justo esfuerzo.

55. Las traducciones son no sólo útiles, sino también extremadamente necesarias tanto para todas las disciplinas y artes como, en particular, para casi todas las circunstancias de la vida, siempre y cuando sean fieles. Se tornan falsas bien por la ignorancia de las lenguas, bien por la de la materia de la que se trata. Las palabras, en efecto, son finitas, las cosas infinitas, y por eso muchos se dejan atrapar por la semejanza de palabras que se llama sinonimia. Y por

lo que hace a la materia de la que se trata, se engañan los traductores ignorantes, y ellos mismos engañan a quienes tienen depositada en ellos su confianza, tanto en los términos y la expresión como en las peculiaridades del arte o del autor en concreto. Así podrás ver que algunos, al traducir a Aristóteles o a Galeno, han llevado a cabo un trabajo no excesivamente afortunado y no muy conforme a la dignidad de su obra, porque no estaban versados en filosofía y medicina todo lo que era necesario. En estas traducciones tienen tanto peso los contenidos como las palabras, los tropos y figuras y los restantes adornos del discurso deben conservarse tal cual hasta donde se pueda; pero si no puedes hacerlo de forma conveniente, deben asemejárseles en fuerza y decoro, esto es, que no desentonen con la lengua a la que se traduce. Y que estos últimos reproduzcan la misma fuerza o encanto que aquellos otros en la lengua originaria; en este punto se cometió una falta al traducir a Aristóteles tanto en otras obras como en los Elencos, tal y como ya hemos demostrado en otro lugar. Sería de gran utilidad para las lenguas si los traductores diestros se atreviesen a otorgar alguna que otra vez derecho de ciudadanía a alguna figura extranjera o a un tropo, siempre y cuando no se apartase mucho de los usos y costumbres de su lengua. También en alguna ocasión resultaría útil, a imitación de la lengua originaria y, por así decir, madre, modelar y formar adecuadamente algunas palabras con el fin de que enriqueciesen la lengua a la que se traduce y, por así decir, su hija, cosa que hizo el griego Gaza, hombre que prestó un gran servicio a la latinidad. Pero esto no piense cualquiera que a él le está permitido, pues lo más sensato en este aspecto es ser parco y meticuloso antes que audaz y excesivo. **56.** Hay determinadas traducciones por el sentido en las que se han de tener escrupulosamente en cuenta también las palabras, hasta el punto incluso de que a veces las enumeres, si ello es posible, como en los pasajes de gran dificultad y mucha oscuridad para la comprensión; de este tipo son muchos de los de Aristóteles, que han de dejarse al discernimiento del lector; y además se hallan en las relaciones públicas y privadas de gran importancia y en los misterios de la piedad que se encierran en los libros sagrados: en todos éstos no debe interponer su propio

juicio el que traduce. Los nombres propios de hombres o de lugares deben trasladarse íntegros de una lengua a otra lengua, sin transformarlos en lo que ellos significan; así es que no traducirás “Aristóteles” por “fin óptimo”, o “Platón” por “ancho”, o “Israel” por “suplantador”. De este modo, griegos y romanos dejaron los nombres bárbaros en su natural origen, tan sólo los adaptaron a la forma de su lengua, por este motivo, y con razón [...]. **58**. Se ha de seguir el discurso del original si mediante ello queda reflejado en la traducción algo de su fuerza, por ejemplo, si se traduce el *Asno* de Apuleyo con la idea de reproducir aquella misma expresión admirablemente chistosa y tan adecuada para mover a la risa; pero si no es así, síguete a ti mismo y a tu natural, que es el mejor guía de cada uno, siempre y cuando esté correctamente orientado. Si te es posible, compite incluso con tu original y presenta el discurso mejor que lo recibiste, esto es, más adecuado y ajustado al tema y a los oyentes, pues, en suma, este proceder es mejor porque resulta más apropiado y útil; no como hacen algunos, inducidos por una estúpida vanidad de espíritu, que una expresión correcta, nítida y honrada, hasta tal punto la sobrecargan de oropeles y todo tipo de aderezos que de fácil y agradable la convierten en pesada y enojosa. Y qué decir de aquellos que afean la elegancia y esplendor del discurso originario con palabras y figuras oscuras, arrastradas, bajas, con una inmoderada afectación, para dar a entender cierta facilidad de palabra, y sin criterio alguno sobre la naturaleza y el carácter que tiene cada discurso; piensan, en efecto, que el estilo será más sobresaliente cuanto más lo hayan atiborrado de los vocablos más raros, rebuscados o anticuados. **59**. Cuanto más fielmente hayas conservado el encanto del discurso y cuanto más propiamente lo hayas interpretado al pie de la letra, tanto mejor y más notable será la traducción, es decir, reproducirá más verazmente su original; es lo que ocurre con la obrita de Cicerón *De universitate*, parte del *Timeo* de Platón, que yo propondría a los estudiosos como un inmejorable original para traducir. La traducción de la poesía es bastante más libre que la de la prosa debido a las exigencias del metro; en ella se permite añadir, quitar y cambiar, y esto de forma más

libre cuando lo esencial del pensamiento, que es también lo que nosotros pretendemos, permanece íntegro. (*Del arte de hablar*)

[13]

ÉTIENNE DOLET (1509-1546)

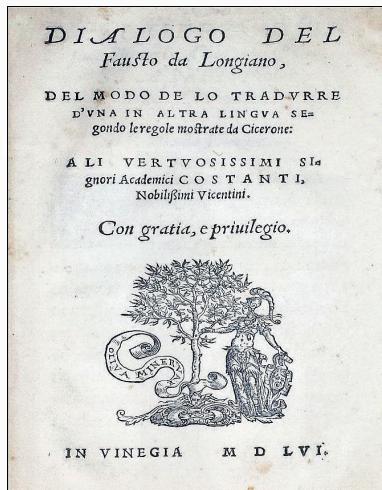
Texto de M. Á. Vega (ed.), *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid, Cátedra, 1994, pp. 119-121.

[REQUISITOS PARA UNA CORRECTA TRADUCCIÓN]

Para traducir bien de una lengua a otra se requieren principalmente cinco cosas. En primer lugar, es preciso que comprenda perfectamente lo que dice el autor que traduce; pues, si lo entiende, nunca será oscuro en su traducción. Y si el autor que traduce no es nada complicado, lo podrá presentar de manera fácil y completamente inteligible. [...] La segunda cosa que se requiere es que el traductor conozca perfectamente la lengua del autor que traduce y que sea asimismo excelente en la lengua a la que traduce. De esta suerte no bastardeará ni disminuirá la majestad de ninguna de las dos lenguas. ¿Acaso piensas que puede alguien traducir al francés un discurso de Cicerón si no está perfectamente impuesto en la lengua latina y en la francesa? Ten en cuenta que cada lengua tiene sus propiedades, sus imágenes, sus locuciones, sus sutilezas y sus propias vehemencias. Si el traductor las desconoce, perjudica al autor que traduce, y también causa perjuicio a la lengua a la que traduce, porque no representa ni expresa la dignidad y riqueza de estas dos lenguas que está manejando. El tercer principio es que, al traducir, no debe uno ceñirse tanto al texto que resulte palabra por palabra o al pie de la letra. Si alguien lo hace así, es por pobreza y falta de espíritu. Porque, si posee las cualidades que acabamos de señalar (cualidades que deben darse en un buen traductor), sin preocuparse del orden de las palabras, fijará su atención en las ideas y actuará de suerte que el propósito del autor quedará expresado conservando cuidadosamente la propiedad de una y otra lengua. Por otra parte, es superstición harto grande (¿la llamaré necesidad o ignorancia?) comenzar la traducción por el principio de la conclusión. Pero si, mudado el orden de las palabras, expresas el propósito del autor que traduces, nadie te lo puede censu-

rar. No dejaré de hablar aquí de algunos traductores que, en lugar de actuar con libertad, se someten a servidumbre, pues son tan necios que se empeñan en traducir línea por línea y verso por verso. Y con ese equivocado proceder bastardean el propósito del autor que traducen y no expresan la gracia y la perfección, de una y otra lengua. Pon gran empeño en evitar este vicio que sólo es prueba de la ignorancia del traductor. La cuarta regla que quiero dar aquí es más de tener en cuenta en las lenguas que no han llegado aún a la categoría de lenguas artísticas o perfectas. Doy el nombre de lenguas sin categoría aún real y reconocida de perfección y arte a lenguas como la francesa, la italiana, la española, la de Alemania, la de Inglaterra y otras lenguas vulgares. Cuando traduzcas un libro latino a una de estas lenguas (aunque sea la francesa) debes procurar no emplear palabras demasiado próximas al latín y poco empleadas hasta ahora en estas lenguas. Conténtate con lo corriente y normal, sin innovar términos precipitadamente y por un afán que podría resultar censurable. Aunque algunos lo hacen, no sigas su ejemplo, pues su atrevimiento no sirve para nada y no es tolerable para personas sensatas. No pienses, sin embargo, que sostengo que el traductor debe abstenerse completamente de emplear palabras que no sean de uso corriente. [...] Vengamos ahora a la quinta regla que debe observar un buen traductor. Una regla de una fuerza tan grande que sin ella toda obra resulta pesada y poco agradable. Y ¿qué dice esa regla? Esa regla se refiere a la armonía del discurso: es decir un enlace y un ritmo de las palabras con tal musicalidad que no sólo resulte agradable al ánimo, sino que también los oídos queden como extasiados y jamás se molesten por una tal armonía del lenguaje. De esta armonía del discurso hablo con más detenimiento en mi *Orateur*; y por consiguiente no seré ahora más prolíjo. Advertiré de nuevo al traductor que ponga atención en ello, porque sin la observación de la armonía no se puede resultar agradable en ninguna composición, cualquiera que sea. Y sin ella las sentencias no pueden ser graves ni tener el peso requerido y legítimo. Porque ¿piensas que puede ser suficiente tener el término propio y hasta elegante si falta un buen enlace entre las palabras? Te advierto que es lo mismo que un montón de varias piedras preciosas mal colocadas. Estas piedras no pueden tener su lustre por ser inadecuada su disposición. Y es también un caso parecido el de varios

instrumentos musicales mal tocados por músicos inexpertos y poco conocedores de las notas y de las medidas musicales. En resumen, poco esplendor tienen las palabras si su orden y su colocación no es el que les corresponde. [...] armonía, un autor no es nada. Pero si la cuida, no puede dejar de gozar de fama en elocuencia, si al mismo tiempo es propio en los términos y grave en las sentencias y sutil en argumentos. Estos son los puntos de un orador perfecto y realmente colmado de toda gloria de elocuencia. (*Cómo traducir bien de una lengua a otra*)



[14]

SEBASTIANO FAUSTO DA LONGIANO (1502-1565)

Texto italiano M. Furlan, *La retórica de la traducción en el Renacimiento. Elementos para la constitución de una teoría de la traducción renacentista*, Tesis Doctoral, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2002, pp. 427-476.

[PROPÓSITO DE *DIALOGO SOBRE EL MODO DE TRADUCIR DE UNA LENGUA A OTRA*]

Durante los años de mi juventud trabajé en una serie de traducciones de una lengua a otra con el único objetivo de lograr algo útil y accesible; y al ver la luz algunos de mis ejercicios, se han emitido diferentes opinio-

nes. En todos los lugares en los que me he encontrado he dado siempre cuenta de mi trabajo y he hecho entender a cada uno mis propuestas de las que todos han acabado satisfechos y contentos. Pero como no puedo satisfacer a todos con mi presencia, he compuesto el siguiente *Diálogo* sobre el modo de trasladar de una a otra lengua según las reglas explicadas por Cicerón con ejemplos de los antiguos griegos y romanos. Y esto no por envidia, no por odio, no por maldad, no por desprecio, no por ambición, sino que lo he hecho para explicar cuál ha sido mi modo de proceder, a quién he imitado y a quién he querido tener por escolta tras deliberarlo previamente. No quiero decir que, una vez descubierta una verdad no revelada hasta ahora, no pueda suceder por ventura que muchos se dignen a abrazarla o en el futuro no dejen de sorprenderse, por no decir de criticar, al menos de esta o de aquella traducción.

[DOS FORMAS DE TRADUCIR]

OCULTO: ¿Hablaron de la traducción en términos generales o en particular?

INQUIETO: No se hizo nunca esta distinción, pero me dio la impresión de que fue unas veces en general y otras de forma más específica.

OCULTO: No deja de sorprenderme que haya sido así, pero, quizás, como los oyentes eran personas entendidas y muy sabias, juzgaron que no era necesaria tal distinción, aunque, en toda discusión, cuando surge una desavenencia entre las partes, se hace necesario definir y clasificar los argumentos para quitar toda ambigüedad, porque, de lo contrario, no se llegará nunca al final de la controversia entre ellos. Pero, decidme, en un discurso tan espléndido, ¿qué es lo que os ha generado dudas?

INQUIETO: Uno dijo que se debía traducir palabra por palabra y numerar de una en una las palabras y el otro que se debía traducir el sentido y no estar tan pendiente de las palabras. Cada uno de ellos añadió que tenía a Cicerón por responsable de su propia opinión.

OCULTO: Puede ser que hayan incurrido en una manifiesta contrariedad, pero no hablando a la ligera.

INQUIETO: Por último, después de alegar muchísimos argumentos en favor de sus opiniones, cogieron dos libros: decían que uno había sido traducido por el sentido y el otro palabra por palabra.

Oculto: ¿En qué quedó la cosa?

INQUIETO: Cada uno se enrocó en su posición y no llegaron a conclusión alguna. Pero cuando estaban a punto de marcharse para resolver sus quehaceres, se puso en pie un hombre de mediana edad que, con su permiso y el de todos los demás, dijo con toda modestia: “Señores, partiendo de los dos extremos y existiendo una vía intermedia, creo que es factible llegar a un acuerdo entre vuestras diferencias, lo cual no me parece que sea demasiado difícil, pues no veo posible la concordia de otro modo”.

[UTILIDAD DE LA TRADUCCIÓN]

Oculto: ¿Cuántos médicos prescriben hoy según el arte que nos explicaron los griegos y no tienen conocimientos de lengua griega?

INQUIETO: La mayor parte.

Oculto: Y esta utilidad, ¿de dónde viene?

INQUIETO: De la traducción.

Oculto: ¿Si no existiera la traducción cuántos médicos habría?

INQUIETO: Tendríamos un problema.

Oculto: Por tanto, la traducción es necesaria.

INQUIETO: Dicen que la traducción es peligrosa y que los traductores se topan a menudo con dificultades, razón por la que incurren en errores.

Oculto: Ese es otro problema.

INQUIETO: Por eso, si uno se dedicara a aprender la lengua en que el texto fue escrito originalmente, entendería mejor los conceptos y no habría posibilidad de engaño; y que esto sea verdad, lo tenéis reflejado en la diversidad de traducciones de los mismísimos libros si comparáis los errores de uno con los del otro.

Oculto: Es posible que un inculto o incompetente cometa errores por ignorancia de las lenguas o por falta de ciencia. ¿Y qué? No se puede llamar traducción a una hecha por alguien que traduce lo

que no entiende bien, aunque tuviera un conocimiento completo y exhaustivo de las lenguas. Muchos, aun siendo gramáticos, han intentado traducir la ciencia y, sin embargo, han incurrido en infinidad de errores: no los podemos llamar traductores, sino pervertidores.

INQUIETO: Entiendo lo que queréis decir, pero yo me refiero a las traducciones de quienes están en mejores condiciones de entender la lengua y el conocimiento.

OCULTO: A esto respondería que no es culpa de las palabras, sino de los conceptos, pues resulta difícilísimo captarlos. Y no solo se descubre esta poca capacidad de entendimiento en el proceso de traducción, sino en la propia lengua, donde vemos enormes enfrentamientos entre los comentaristas griegos del texto griego de Aristóteles; y cuando me refiero a un caso concreto, me estoy refiriendo a todos los demás por semejanza. Total, basta con decir no lo que se podía, sino lo que se debía porque cualquier mínimo detalle puede contribuir. Pasamos ahora el modo de traducir.

INQUIETO: Esta parte es muy difícil, según entendí esta mañana.

OCULTO: Hablando del modo de traducir, algunos se han conformado haciendo una sola distinción, y bastante sencilla: o se traduce palabra por palabra o, dejando de lado las palabras, se traduce por el sentido.

INQUIETO: Esa fue la discusión de estos dos hombres intrépidos.

OCULTO: Todos están prácticamente de acuerdo, y yo no estoy en contra, pero tampoco doy mi aprobación absoluta.

INQUIETO: ¿Os acogéis entonces a esa tercera vía intermedia entre los dos?

OCULTO: Ni mucho menos, porque no sé qué pretende decir ese hombre o los que sean de esa opinión o la sigan, sino que os voy a referir mi criterio, que no es nuevo en sí mismo, porque no le parecerá nuevo a quien piensa saber más que los otros en todas las otras cosas e ignora solo esto tan importante en la presente materia.

INQUIETO: Quizás han fingido no saberlo o para no enseñárselo a nadie o para que no quedase al arbitrio de nadie, una vez conocida su eficacia, juzgar y separar la cizaña del trigo.

Oculto: Eso significaría envidia y maldad. Pero dudo de que en algunos casos haya sido por ignorancia, porque he visto yo muchas cosas que algunos han trasladado de una lengua a otra, y he de decir que felizmente, a mi parecer; pero dándole el nombre de traducción, a pesar de estar muy alejado de lo que es una traducción, han demostrado no saber qué es una traducción porque no conocen sus características; encontraréis muchos que han caído en este mismísimo error.

[DEFINICIÓN DE TRADUCCIÓN]

Inquieto: Decidme uno de ellos, por favor.

Oculto: Como entramos en detalle, sabed qué ordena el más serio de los filósofos, maestro del razonar y del hablar.

Inquieto: Seguid entonces.

Oculto: Ahora descubriréis que no basta para hablar de la traducción pasar de puntillas por aquella simple distinción que hicimos antes: se hace, por tanto, necesario, como se suele hacer en todos los razonamientos, ofrecer una definición al principio: así lo mandan los filósofos y los maestros de retórica griegos y latinos y todos los escritores de ciencias y de artes. Esta evita toda ambigüedad y hace manifiesto lo oculto. Y sin ella nos iríamos hasta el infinito y no tendríamos ni acuerdo ni conclusión alguna. Pero, por centrarnos en el conocimiento pleno de la traducción, antes de definirla, conviene saber antes qué diferencia hay entre metáfrasis, paráfrasis, compendio, explicación y traducción.

Inquieto: Vamos con la metáfrasis.

Oculto: La metáfrasis puede darse en una misma lengua y en una extranjera. En los griegos encontraréis ejemplos. Hoy se usa bastante, pero bajo el nombre de traducción. Tiene como característica referir el sentido o una imagen del sentido, cercano o lejano, sin atenerse al rigor de las palabras: cumple con su función vagabundeando por donde más le gusta. No está obligada a la pureza del sentido ni de las palabras, pero si le viene en gana, amplifica, disminuye, mezcla, trastoca, alterna, ensombrece de tal manera que el autor principal no reconocería ni su propia obra, de un

modo tal que no podría distinguir un jarrón de plata o uno de metal que se le hubiera robado, fundido y vuelto a formar en una figura totalmente diferente de la primera: ni la más mínima partícula de que él fuera su legítimo dueño; sin embargo, no lo critico, pero no me satisface el juicio de aquellos que se refieren a esto como traducción.

INQUIETO: Vamos con la paráfrasis.

OCULTO: La paráfrasis puede darse en la misma lengua y la de otros; en la misma como hizo Temistio en algunas obras de Aristóteles; en la de otros como una infinidad de escritores latinos a propósito de este mismo autor, y en todas las demás lenguas y ciencias; es realmente difícil, y no todos la pueden seguir.

INQUIETO: Por tanto, está aceptada.

OCULTO: Lo ha estado siempre. Su característica radica en clarificar el sentido de los textos, si son ambiguos o abstrusos, con giros más extensos de palabras, si es necesario, como está pasando en la presente explicación de la materia. Pero siempre debe caminar esposado y coincidir en el sentido con el autor. Muchos han pretendido arrogarse el nombre de parafraseadores, pero han cometido errores por no conocer su oficio. Otros han llamado traducciones a unas meras paráfrasis, lo que ha puesto de manifiesto que no saben qué es ni la paráfrasis ni la traducción.

INQUIETO: Vamos al compendio.

OCULTO: El compendio se puede hacer en la misma lengua o en una extranjera, y siempre se ha aceptado. Consiste en englobar en un giro de palabras muy restrictivo el sentido de muchas palabras; los griegos lo llaman epítome. No se puede negar que un resumen de este tipo no sea beneficioso para nuestra memoria y nos libere de muchas fatigas, aunque suele aportar de vez en cuando un perjuicio no pequeño. Por descuido de nuestros antepasados se perdieron las obras de Livio, hecho que provocó que se escribiera el epítome que se atribuye a Lucio Floro.

INQUIETO: ¿Cómo que se le atribuye? ¿No es suyo?

OCULTO: Algunos creen que es del propio Livio, compuesto por él mismo para facilitar la memorización.

INQUIETO: Por tanto, él mismo sería la causa de su mal uso.

OCULTO: Por culpa del epítome de Justino hemos sido privados de las *Historias* de Trogo Pompeyo. Y se podrían mostrar muchos otros perjuicios que han tenido los compendios como consecuencia. Pero ya se ha dicho bastante.

INQUIETO: Vamos con la explicación.

OCULTO: La explicación puede igualmente darse en la propia lengua o en la de otros. También se conoce como interpretación, exposición, comentario, narración y explicación. Esforzarse por aclarar el sentido, hacer evidentes los secretos de la obra de arte, resolver las contrariedades, clarificar las ambigüedades, acogerse a la opinión más verosímil en caso de conflicto de opiniones, publicar las historias y mitos ocultos, mostrar el significado y la esencia de las palabras, asignar la razón, descubrir la fuente de la que brotan, observar las elocuciones.

INQUIETO: ¡Cómo me gustaría escuchar hablar de estas locuciones!

OCULTO: Este no es el momento ni el lugar.

INQUIETO: Vamos con la traducción.

OCULTO: La traducción no se puede hacer si no es a una lengua diferente a la que se traduce.

INQUIETO: Hemos llegado, finalmente, a la traducción, pero creo que ha sido sumamente necesario mostrar la diferencia que hay entre este y las que hemos mencionado antes.

OCULTO: Se puede llamar también con otros nombres, como interpretación, versión, traslado, traslación y semejantes. Pero tened en cuenta que los antiguos romanos prefirieron llamarla casi siempre mejor como interpretación y, por eso, al traductor lo llamaron intérprete.

[SOBRE EL MODO DE TRADUCIR DE CICERÓN]

INQUIETO: ¿Cuáles son esos autores latinos de tan buena reputación a los que atribuís tanto?

OCULTO: Cicerón y Horacio; y he dicho lo anterior porque yo también prefiero hacer uso de estas voces, interpretación e intérprete.

Algunos dicen que son dos los modos de traducir: uno debe reproducir el sentido, el otro las palabras. Dicen que esta última es cosa pueril.

INQUIETO: Así es.

OCULTO: Esta división, en cuanto al propio concepto, no es absolutamente cierta y bajo esta forma de expresión no está exenta de inexactitud.

INQUIETO: ¿En qué falla?

OCULTO: La traducción que reproduce las palabras, ¿no reproduce necesariamente también el sentido?

INQUIETO: Lo reproduce sin duda alguna.

OCULTO: No es lo que dijo Cicerón en su opúsculo *El mejor orador*, donde dice: *He vertido del griego dos espléndidos discursos, opuestos entre sí, de los dos oradores más elocuentes, Esquines y Demóstenes*⁴¹.

INQUIETO: Parece claro por el pasaje que Cicerón las tradujo, pero no se han conservado los discursos; algunos podrán fingir que no se sabe cuál era su forma de traducir.

OCULTO: Cierto es que hoy no los podemos leer, o por descuido de los hombres o por la maldad del tiempo. Pero el propio Cicerón, como sabéis, dice cuál era su forma de traducir. Atended: *Pero no los he vertido como intérprete, sino como orador*.

INQUIETO: Imaginad que yo no sé nada ni que yo haya leído nada: ¿qué diferencia manifiesta Cicerón entre el traducir como intérprete y como orador?

OCULTO: Antes de que vaya al tema, que os explicaré después con las propias palabras de Cicerón en el pasaje que he citado antes, quiero que tengáis en cuenta dos cosas: una es que el traducir palabra por palabra no es nada nuevo ni pueril.

INQUIETO: Sí, comprendí que no era nada nuevo ni pueril cuando hablasteis de las traducciones de las escrituras hebreas, árabes, griegas y latinas.

⁴¹ Cic., *opt. gen.* 13-14.

Oculto: No quiero valerme de lo que dije antes, porque lo dije para probar la utilidad y necesidad de la traducción. Los ciceronianos no tardarán en levantarse y decirme que es preciso descender más bajo, porque no es lícito hablar de la Sagrada Escritura sino con la debida reverencia. Si se discurre por encima del saber, dirán que las facultades así lo requiero, pero que no es lícito estar en el aire, porque significa querer ostentar, pero no demostrar lo que se pretende. Pero si prefiero alegar la autoridad de Dante, de Petrarca o de Boccaccio y otros, que tienen tantos pasajes tomados y donados a las musas italianas de los mejores autores latinos, me dirán que llego a unos autores demasiado bajos o de poca o ninguna importancia. Los latinos no tienen intención de escuchar a nadie que no sea Cicerón, y yo lo voy a demostrar con el propio Cicerón.

Inquieto: ¿Lo podéis demostrar con Cicerón?

Oculto: Claro que puedo; escuchad. En el libro primero de su *Los extremos del bien y del mal* dice: *Más difícil es, entonces, responder atinadamente a quienes dicen despreciar las obras escritas en latín. Lo que más me sorprende de ellos es por qué no les gusta usar su lengua materna en los temas más importantes cuando resulta que lee sin ningún problema obras de teatro en latín expresadas palabra por palabra desde el griego*⁴². Él mismo lo confirma en el tratado *El mejor orador* cuando responde a los futuros críticos de su traducción de los dos discursos griegos: *Estos mismos leen la Andria⁴³ y los Sinéfobos y no menos a Terencio y a Cecilio que a Menandro y no rechazan la Andrómaca o la Antiopia o los Epígonos en latín, pero, sin embargo, leen a Ennio, Pacuvio y Accio más que a Eurípides y a Sófocles. ¿Por qué les molesta leer los discursos vertidos del griego, pero no los versos?*⁴⁴

Inquieto: Aquí demuestra a las claras que Terencio, Cecilio, Ennio, Pacuvio y Accio han traducido palabra por palabra; cierto es que es un testimonio importantísimo, pero no dice que él lo haya hecho así.

⁴² Cic., *fin.* 1,2,4.

⁴³ cf. notas al texto de Cicerón.

⁴⁴ Cic., *opt. orat.* 18.

OCULTO: Deja que te demuestre cómo él ha insinuado su voluntad de hacerlo con autores de filosofía. Más adelante, en el mismo libro, dice: *Sin embargo, si tradujera de verdad a Platón o a Aristóteles como han traducido nuestros poetas las tragedias griegas -es decir, palabra por palabra- poco elogio merecería de parte de mis conciudadanos por haberles traducido aquellos talentos divinos. Pero todavía no lo he hecho, ni creo que me esté prohibido hacerlo. Si algún día me apetece, traduciré algunos pasajes, especialmente de los autores que acabo de nombrar, cuando tenga ocasión de hacerlo adecuadamente*⁴⁵.

INQUIETO: Hasta aquí no demuestra haberlo hecho, sino que demuestra que es una decisión suya si hacerlo o no.

OCULTO: Aparece claramente que lo ha hecho en el libro *De universitate*, traducido del *Timeo* de Platón: lo podrás comprobar si tienes ambos en la mano.

INQUIETO: Pero no falta quien dice que este libro no es de Cicerón.

OCULTO: Los que hacen profesión de ciceronianos, pero saben bastante poco. Escuchad, sin embargo, cuando Cicerón se dirige a Epicuro y le dice en la tercera *Tusculana*: *¿Son estas tus palabras o no? En el libro que contiene toda tu doctrina -voy a desempeñar el papel de intérprete para que nadie piense que me lo invento-*⁴⁶. Fíjate en estas palabras: *el papel de intérprete*.

INQUIETO: Sí, me he fijado en que habla del trabajo como intérprete.

OCULTO: Y acto seguido comienza a traducir las sentencias de Epicuro: *Lo cierto es que... He preguntado muchas veces etc. y más adelante, dirigiéndose a Epicuro, le dice: Esto es lo que Epicuro tiene que reconocer o eliminar de su libro eso que acabo de expresar palabra por palabra.*

INQUIETO: Es la prueba, pero era necesario citarlo.

OCULTO: En una carta de Cicerón a Ático: *Así pues, traduje este pasaje de Dicearcho con el mismo número de palabras*⁴⁷.

INQUIETO: Es más que suficiente.

⁴⁵ Cic., *fin.* 1,3,7.

⁴⁶ Cic., *Tusc.* 3,18,41.

⁴⁷ Cic., *Att.* 6,2.

Oculto: No hay nadie que no haya estudiado especialmente los libros de filosofía de Cicerón que no haya podido observar los pasajes que tradujo y concluir a partir de ellos cuál es su forma de traducir cuando opera como intérprete, modo que nosotros, si queremos, podemos respetar también. Se esforzó por traducir palabra por palabra infinidad de otros pasajes de Homero, Platón, Aristóteles, Arato y Sófocles cuando le pareció que le venía bien hacerlo. Todo sea dicho por demostrar que traducir palabra por palabra no es cosa nueva, pues se ha conservado después de tantos siglos, ni tampoco pueril, ya que se observa justo lo contrario si nos atenemos al testimonio de los autores más importantes.

[15]

THOMAS SEBILLET (1512-1589)

Texto de M. Á. Vega (ed.), *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid, Cátedra, 1994, pp. 122-123.

[LA GLORIOSA TAREA DEL TRADUCTOR]

Sin embargo, te advierto que la versión o traducción de un poema es hoy en día la obra más frecuente y mejor acogida por los poetas y doctos lectores, porque todos consideran como obra de gran precio y valor el restituir la pura y argentina invención de los poetas con el oro y la riqueza de nuestra lengua. Y merece grandes elogios, además de su obra, aquel que ha podido expresar limpia y llanamente en su lengua lo que otro había escrito mejor en la suya, después de haberlo concebido en su mente. Merece la misma gloria que el que, con su labor y largas penas, saca de las entrañas de la tierra el tesoro oculto, para hacerlo común al uso de todos los hombres. Gloriosa es, pues, la labor de tanta gente de bien que todos los días se dedican a ella: y honrosa deberá ser la tuya si alguna vez se te ocurra emprenderla. Mas tienes que cerciorarte de que tienes un conocimiento tan perfecto tanto del “liorna del autor que quieres trasladar como del idioma al que quieres traducir. Porque si uno de los dos, o ambos fallan, tu versión será semejante, en su desgracia, a la necedad de quien, por

querer agradar a las damas, abre el baile y es cojo de una pierna, o de ambas. Así recibirás por recompensa de tu labor el mismo salario que él, risas fuertes, y burlas muchas. Para huir de tal peligro, no te atengas de manera supersticiosa a las palabras de tu autor, deséchala y atente a la oración, déjate llevar más por la frase y las propiedades de tu lengua que por la dicción de la extranjera. Sin embargo, procura que la dignidad del autor y la energía de su texto expresado con tanta personalidad, ya que representar su mismo rostro resulta imposible, sean patentes en tu obra, la cual será el espejo de éste. Puesto que la versión no es sino una imitación ¿cómo introducirte mejor que con una imitación? Imita pues a Marot en su *Metamorfosis*, su *Museo*, sus *Salmos*; Salel en su *Iliada*; Héroet en su *Andrógino*; Démasures en su *Eneida*; Peletier en su *Odisea* y sus *Geórgicas*. Imita a aquellos divinos genios que, siguiendo la huella de los otros, vuelven el camino más suave, y a su vez los siguen a ellos. (*Del Arte Poética*)

[16]

JACQUES AMYOT (1513-1593)

Texto de M. Á. Vega (ed.), *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid, Cátedra, 1994, pp. 130-131.

[CAPTAR EL ESTILO DEL AUTOR ORIGINAL]

Hay que considerar también que son muchas las gentes de bien y de ciencia que han intentado traducirlo antes que yo, pero que ninguna otra, sino yo sólo, lo ha conseguido totalmente en ninguna lengua, al menos que yo sepa y haya visto; y aquellos que se han puesto a traducirlo, incluso al latín, han testimoniado claramente de la dificultad que entraña, tal como podrá fácilmente comprobarlo quien quisiera tomarse la molestia de cotejar nuestras traducciones. Y si por ventura no se encontrara la lengua de esta traslación tan fluida como pudiera ser el caso de algunas otras más, que desde hace tiempo andan entre las manos de los lectores, ruego a quien me leyera tenga a bien considerar que el oficio de un correcto traductor no consiste solamente en verter con fidelidad el pensamiento del autor, sino también en reproducir y

remedar en lo posible la forma y el estilo del mismo. Y ello, si no quiere incurrir en el error que hiciera un pintor que, habiendo decidido realizar el retrato al natural de un hombre, lo pintara largo donde fuere corto, y obeso donde flaco, aunque hiciese que el rostro se le pareciera fielmente. Y aún puedo asegurarles que, por duro o rudo que mi lenguaje parecerles pudiera, mi traducción es mucho más asequible a los franceses que el original griego lo es a los más versados en esta lengua, porque la forma propia de la escritura de Plutarco es más aguda, docta y precisa que clara, pulcra o fluida. Por lo demás, si no he conseguido que mi trabajo sea tan brillante como ustedes, Señores lectores, lo hubiesen esperado y deseado, aún guardo la esperanza de que disculparán la buena voluntad de quien, aspirando a ello, ha intentado serles útil. y si este trabajo mío fuese tan favorable que les contentara, que la alabanza se dirija a Dios, que me ha concedido la merced de concluirlo.
(*Traducción de las Vidas paralelas de Plutarco*)

[17]

JOACHIM DU BELLAY (1522-1560)

Texto de M. Á. Vega (ed.), *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid, Cátedra, 1994, pp. 124-126.

[PONDERAR, CON RESERVAS, LA LABOR DEL TRADUCTOR]

En este punto, los traductores fieles pueden prestar un gran servicio y aliviar a quienes carecen del único medio para llegar a las lenguas extranjeras. Pero, por lo que toca a la elocución, parte ciertamente la más difícil y sin la cual todas las demás cosas permanece inútiles y semejantes a una espada todavía envainada; en lo tocante a la elocución –digo–, que es lo que sobre todo hace que un orador sea más excelente y u género de decir mejor que el otro, de tal manera que ella constituye la elocuencia misma y cuya virtud consiste en el uso apropiado de las palabras –conforme a la manera común de hablar–, de las metáforas, alegrías, comparaciones, similitudes, energías, y tantas otras figuras y ornamentos sin los cuales tanto prosa como poesía están desnudos, defectuosos y débiles: nunca

creeré que se pueda aprender bien todo eso de los traductores, porque es imposible hacerlo con la misma gracia que el autor ha usado, de modo que cada lengua posee un no sé qué propio de ella, y, si os esfuerzos en expresar lo natural en otra lengua, respetando la ley de la traducción, que es no alejarse en absoluto de los límites del autor, vuestra dicción será forzada, fría y de pésima gracia. [...] He aquí brevemente, las razones que me han inducido a pensar que el oficio y la diligencia de los traductores, muy útil para instruir a los ignorantes de las lenguas extranjeras en el conocimiento de las cosas, no es suficiente para dar a la nuestra esta perfección, y, como hacen los pintores en sus cuadros, es la última pincelada la que deseamos. (*Defensa e ilustración de la lengua francesa*)

[18]

LAWRENCE HUMPHREY (1525-1589)

Texto latino L. Humphrey, *Interpretatio linguarum, seu de ratione conuertendi & explicando autores tam sacros quam prophanos, libri tres*, apud H. Frobenium, Basilea, 1559.

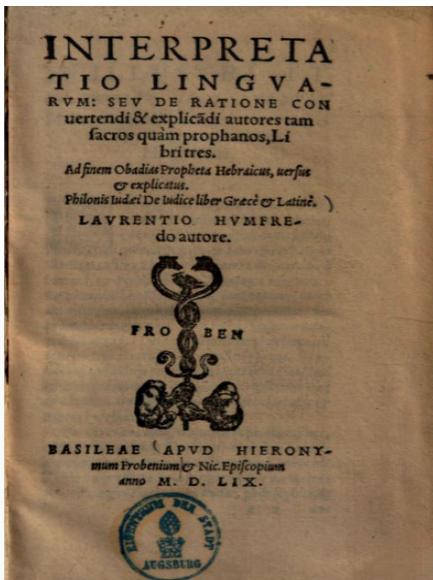
[DEFINICIÓN DE TRADUCCIÓN]

El término intérprete es ambiguo y se puede entender en varios sentidos. Nosotros, en este momento y lugar concretos nos referiremos a quien arroja luz sobre un dialecto o lengua mucho menos conocida gracias a una lengua mucho más conocida y familiar y traslada de una lengua extranjera a otra que domina mejor y con la que tiene más experiencia. No me atrevo a llamarlo arte de traducir, aunque se puede aprender, no obstante, con método y estudio. (p. 3)

[DIFERENTES MODOS DE TRADUCIR. EXCESOS DEL TRADUCTOR]

La traducción se puede dividir en tres tipos [...]. El primero es el más toscio y rudo porque no nos separamos en nada de palabras: haríamos bien en llamarlo literal y más estricto. Pertencen a este grupo quienes publicaron traducciones de Homero, Eurípides, Sófocles, Aristófanes, etc. palabra por palabra y, sospecho, que lo hicieron pensando que

eran como nodrizas que les daban a los niños pequeños, es decir, a los lectores que desconocían el griego, la comida triturada en pedacitos, balbuciendo como críos para llegar a una mínima comprensión de los poetas, llevando, por así decirlo, de la mano a los jóvenes alumnos que se han visto privados de la voz de su maestro. [...] El otro modo, que siguen utilizando hoy algunos traductores, incide justo en el punto contrario, es más libre e independiente y se permite bastantes más licencias. Si el modo anterior estaba anclado a los moldes del original, este excede con claridad sus límites dejándose llevar por una audacia exagerada: sinónimos por todas partes, figuras retóricas innecesarias, alteración del estilo con metáforas, invención de términos poco respetuosa, repudio de lo propio e invitación a lo ajeno, de estilo afectado y, según dicen, es como echarle perfume a un saco de patatas, cuando no hay necesidad de ello, reivindicación del exceso y del ornato del discurso y exhibición de un estilo colorido cuando el original exige sobriedad y sencillez; serio cuando toca trivial, trágico cuando cómico, fogoso cuando frío, frío cuando fogoso, sucedáneo de su propia inspiración sin servir al autor, al quien debería tener como objetivo en el punto de mira. En definitiva, como si no hubiera diferencia entre ser escritor y traductor. El escritor, en efecto, es libre de decir lo que quiere y en qué orden y con las palabras que quiera, a condición de que sean respetables; el traductor tiene ante sus ojos un objetivo y unos términos más allá de los que no puede adentrarse si quiere trasladar fielmente el sentido del autor y si quiere cumplir con sus obligaciones de traductor. El escritor sigue su propio sentido, el traductor los conceptos de otro; al escritor se le concede libertad, pero al traductor le presiona la obligación no para hacer lo que Dios le dé a entender y luego ponerlo por escrito, sino para respetar la originalidad del autor y detenerse en ella, así como su forma de expresión y las características de su discurso. Las palabras de esa lengua a la que traduce deben decir lo mismo y en la misma estructura y modo particular. Estos son el cerco y el límite que no deben sobrepasar ni el trabajo ni las posibilidades del traductor: debe atenerse a ellos porque el escritor los delimitó así con su forma de escribir [...]. Nos queda hablar sobre el tercer tipo, es decir, la vía intermedia, que participa tanto de la sencillez como de la erudición, de la elegancia como de la fidelidad. No es tan ele-



características. Afirmo que una traducción es plena cuando traslada el sentido por completo, de modo que a un pensamiento le corresponda otro por la otra parte y se respete la intención del autor en su absoluta totalidad. [...] Para que todos los elementos encajen a la perfección es obligatorio considerar tres aspectos en cualquier texto. En primer lugar, hay que tener en cuenta el tema y el sentido, luego la estructura y las figuras retóricas, y, por último, el ritmo, que es lo que Cicerón⁴⁸ llama distribución y colocación de las palabras. [...] A continuación habrá que hablar de la propiedad. Nos referimos a los modismos, que existen en todas las lenguas. Los romanos lo llamaban latinidad, los griegos helenismo, los áticos aticismo y los judíos hebraísmo, o lo que es lo mismo, llamar a cada cosa por su denominación auténtica, propia y fiel. [...] La tercera virtud es la pureza, *katharothes* en griego. La traducción debe ser clara y elegante. No nos gusta tanto la propiedad como para despreciar la elegancia pura, siempre y cuando se presente sin detrimiento ni alteración del sentido; es más, hay que buscarla si no acude por propia voluntad. [...] Una traducción adecuada y coherente en todas

vada como para salirse de su molde ni tan baja como para ser innoble, sino comedida, ecuánime, atemperada. No tiende ni a la vulgaridad ni al exceso, sino a una elegancia inmaculada. (pp. 14-31)

[PROPIEDADES DE LA TRADUCCIÓN]

Estas son las propiedades del tipo de traducción que estamos buscando: plenitud, propiedad, pureza y adecuación. Establezco, pues, que la traducción se ajuste en lo posible a estas cinco

⁴⁸ Cf. CIC., *de orat.* 3, 47,187.

sus partes tiene muchísimos puntos positivos. Capital en este arte es la adecuación, mientras que no respetarla resulta vergonzoso; el traductor que hace lo que no es adecuado tanto al tema como a los personajes, es inepto y grosero. Hay que mantener siempre unas directrices en favor de la dignidad del tema y de los personajes a menos que no queramos hacer el ridículo en el escenario y, como los malos actores, interpretar mal nuestra función. Los temas de las obras no son siempre iguales ni tampoco el estilo del discurso es siempre el mismo. Hemos de tratar los temas importantes, pero no con soberbia, los mediocres sin excesos, los triviales con un estilo árido y escaso. Por el contrario, hay que mantener y colocar en su lugar adecuado a cada uno de los tres géneros de la elocuencia: el estilo sublime, el medio y el sencillo. (pp. 31-81)

[IMPORTANCIA DE LAS PERSONAS EN EL PROCESO DE LA TRADUCCIÓN. METÁFORA DE PROTEO]

Merecerá la pena que valores y tengas presente, en primer lugar, estos tres principios: tú mismo, el autor y el texto que vas a traducir. Aunque pueda parecer que los dos primeros exceden nuestro tema y resultan completamente ajenos, sin embargo, el análisis de las personas hace que el traductor esté más atento, sea más cauto y, quizás, hasta mejor. En primer lugar, por tanto, hay que considerar qué tipo de persona es el traductor, qué puesto ocupa y qué carácter tiene. En efecto, aquí también tiene validez aquel proverbio divino que dice “Conócete a ti mismo” para que el traductor se conozca a sí mismo y recuerde que va a traducir, no a escribir y que su intención es traducir lo que ha escrito otro, no ocuparse de sus propias reflexiones para que el resultado no sea ni más escueto ni más prolífico que el autor traducido. Asimismo, lo que dije en el libro primero sobre las obligaciones del traductor, lo aplicamos aquí de nuevo.

En segundo lugar, hay que observar atentamente quién es el autor que vamos a traducir en vista de los diversos estilos, diferentes caracteres y argumentos varios para que la forma de hablar resulte adecuada a la persona; debe ajustar esta nueva capacidad de traducción a las innovaciones y a los cambios. Así, en efecto, se hará más reflexivo y adecuado y, por así decirlo, más versátil, para imitar dichas diferen-

cias. Detrás de esta regla se encuentra Cicerón, que inculca siempre el respeto para que la forma de expresión del traductor tenga siempre algún parecido y parentesco con el talento del autor. Y es que vemos que no hablan igual un pastor y un agricultor que un rey: igual que no les sienta bien la misma ropa, tampoco la misma voz: como dijo aquel con toda claridad, el primero usa el cayado, el segundo el agujón y el tercero el cetro. Por eso el traductor debe ser como Proteo: su discurso adoptará todas las formas y estilos en función de las necesidades, del tiempo y de las características y el estilo del autor. No deberá ser siempre correcto, elegante y preciso, sino que, igual que varían los tipos de elocuencia de los autores -sublime, medio y sencillo-, así su forma de expresión deberá seguirlos y acompañarlos. Unas veces Dios tronará desde el monte, otras desde los cielos y otras desde la tierra de los dioses, cambiará su voz y su lengua según el caso para consolar, amedrentar o profetizar, como ocurre en los Evangelios, en la Ley o en los Profetas. En estos textos el discurso exhala majestad, divinidad y religiosidad, por lo que a ti también te reclamarán mayor reverencia, piedad y esfuerzo. En el acto del habla se puede relajar y suavizar la santidad y el temor de Dios, pero la fe y la verdad nunca. El zueco de Menandro y el coturno de Sófocles sonarán de manera diferente, lo mismo que la lira de Píndaro y el cuerno de Homero; Demóstenes hará sus discursos en la tribuna de una forma y Tucídides describirá las hazañas de otra. Por eso hay que valorar si se trata de un autor sagrado o profano, orador o poeta o incluso historiador. Y es que, igual que hay diferentes dialectos y lenguas, del mismo modo tendremos que modular nuestra traducción y ajustarla con precisión y técnica en todas y cada una de las partes del texto.

Por lo demás, como el tema es lo más importante del texto, se merece el primer puesto, y por eso será lo que más debamos valorar y considerar. Aquí está la clave de todo lo que nos traemos entre manos. Por eso lo debemos observar con mayor atención para reproducirlo con absoluta integridad, auténtica adecuación, extraordinaria elegancia y singular destreza. De cada uno de estos aspectos hemos hablado antes con mayor detalle cuando tratamos sobre la traducción. (pp. 415-418)

[19]

FRAY LUIS DE LEÓN (1527-1591)

Texto de M. Á. Vega (ed.), *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid, Cátedra, 1994, pp. 133-135.

[TRADUCIR DEL HEBREO]

Lo segundo que pone oscuridad es ser la lengua hebrea... de su propiedad y condición lengua de pocas palabras y cortadas razones, y ésas llenas de diversidad de sentidos, y juntamente con esto, por ser el estilo y juicio de las cosas en aquel tiempo y en aquella gente tan diferente de lo que se platica ahora; donde hace parecernos nuevas y extrañas y fuera de todo buen primor las comparaciones de que se usa este libro, cuando el esposo ó la esposa quieren más loar la belleza del otro; como cuando compara el cuello á una torre, y los dientes á un rebaño de ovejas, y así otras semejantes. Como á la verdad, cada lengua y cada gente tenga sus propiedades de hablar adonde la costumbre usada y recibida hace que sea primor y gentileza lo que en otra lengua: y en otras gentes parecería muy tosco; así es de creer que todo esto, que ahora por su novedad y por ser ajeno de nuestro uso nos desgrada, era el todo bien hablar y toda la cortesía de aquel tiempo entre aquella gente. Porque claro es que Salomón era, no solamente muy sabio, sino rey é hijo de rey; y que cuando no lo alcanzara por letras y por doctrina, por la crianza sola y por el trato sólo de su corte y casa supiera hablar su lengua mejor y más cortésmente que otro ninguno. Lo que yo hago en esto son dos cosas: la una es volver en nuestra lengua, palabra por palabra, el texto de este libro; en la segunda declaro con brevedad, no cada palabra por sí, sino los pasos donde se ofrece alguna obscuridad en la letra, á fin que quede claro su sentido entero, y después de él su declaración. Acerca de lo primero procuré conformarme cuanto pude con el original hebreo. cotejando conjuntamente todas las traducciones griegas y latinas que de él hay, que son muchas; y pretendí que respondiese esta interpretación con el original, no sólo en las sentencias y palabras, sino aun en el corriente y en el aire de ellas, imitando sus figuras y sus modas de hablar y manera cuanto es posible á nuestra lengua, que á la verdad responde á la hebrea en muchas cosas, donde podrá ser que algunos no se contenten tanto,

y les parezca en algunas partes que la razón queda corta y dicha muy á la vizcaína y muy a lo viejo, mudar algunas palabras y añadir algunas otras; lo cual yo no hice por lo que he dicho y sé, y porque entiendo sea diferente el oficio del que traslada, mayormente escrituras de tanto peso, del que las explica y contar las palabras, para dar otras tantas, y no más, de la misma manera, cualidad, y condición y variedad de significaciones que las originales tienen, sin limitallas á su propio sonido y parecer, para que los que leyeren la traducción puedan entender la variedad toda de sentidos á que da ocasión el original si se leyese, y queden libres para escoger de ellos el que mejor les pareciere. El extenderse diciendo, y el declarar copiosamente la razón que se entienda, y con guardar la sentencia que más agrada, jugar con las palabras, añadiendo y quitando á nuestra voluntad, eso quedese para el que declara, cuyo oficio es; y nosotros usamos de él, después de puesto cada un capítulo, en la declaración que se sigue. Bien es verdad que, trasladando el texto, no pudimos tan puntualmente ir con el original, y la cualidad de la sentencia y propiedad de nuestra lengua nos forzó á que añadiésemos alguna palabrilla, que sin ella quedaría oscurísimo el sentido; pero éstas son pocas. (*Prefacio a la traducción del Cantar de los Cantares*)

[20]

GEORGE CHAPMAN (1559-1634)

Texto de M. Á. Vega (ed.), *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid, Cátedra, 1994, p. 132.

[LA TAREA DEL BUEN TRADUCTOR]

Para mostrar a mis detractores que no tienen razón para vilipendiar mi verbosidad en ciertas ocasiones, cito a sus griegos más aceptados, generalmente intérpretes de Homero, quienes consideran apropiado que sea traducido así. Sin embargo, sobre cuánto difieren y con qué autoridad permitid que dictamine al lector imparcial. Siempre considerando lo pedante y absurdo que resulta la afectación en la interpretación de un autor (y mucho más en el caso de Homero) trasladando palabra por palabra, ya que (según Horacio y otros letrados mejores sobre la tra-

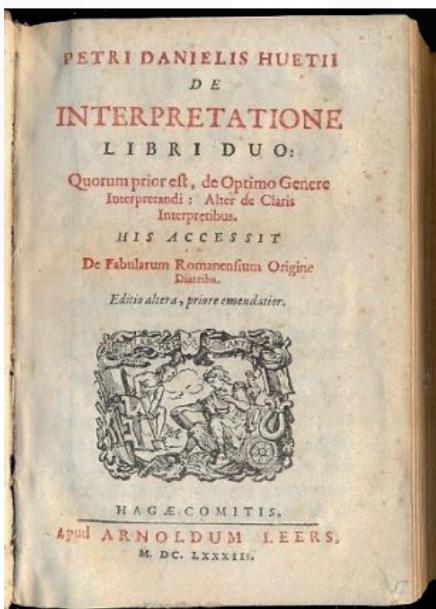
ducción) la tarea de cada intérprete imparcial e instruido es no seguir el número y orden de palabras, sino los propios asuntos materiales, sopesar las frases diligentemente y revestirlas y adornarlas con palabras, estilo y estructura que sean equivalentes a las de la lengua que se traduce. Si nunca le he traducido con falsedad (como otros de sus intérpretes lo han hecho e muchas e importantes ocasiones); si no he pasado por alto ninguna de sus frases, ni la elegancia ni el virtuosismo ni la intención ni la invención; si en algún momento (especialmente en mi primera edición ya finalizada hace mucho tiempo y siguiendo mi pauta normal), he resultado parafrástico y erróneo, ¿es justo que por esta falta (si lo creen así) desprecien el resto de mi labor? (*Prefacio de su traducción de Homero*).

[21]

PIERRE DANIEL HUET (1630-1721)

Texto latino P. D.l Huet, *De interpretatione libri duo*, apud Arnoldum Leers, Hagae-Comitis, 1683, pp. 11-19.

[PLAN DE TRABAJO]



Creo que es lo que se debe hacer al comienzo de cualquier discusión para que el discurso no corra peligro de desviarse saliéndose de su senda: debemos clasificar la traducción (*interpretandi ratio*) en diferentes géneros; luego, debemos elegir de entre esos géneros cuáles tienen que ver con nuestro propósito y después clasificarlos de nuevo; dejaremos de lado otros que no tengan nada que ver con nuestro tema. Así pues, debemos

clarificar todos los conceptos con una definición propia, determinarlos y someterlos a unos límites precisos; después, tendremos que rebatir los argumentos que se citen en contra. Cuando hayamos aclarado todo, pasaremos revista a las diferentes traducciones de varios autores y las examinaremos conforme a nuestra norma.

[DEFINICIÓN Y CLASIFICACIÓN DE LOS MODOS DE TRADUCIR]

En primer lugar, el término traducción (*interpretationis nomen*) es bastante obvio y con él se entiende “todo aquel texto con el que se consigue comprender lo que se había entendido de forma muy parcial”, pero bajo esta denominación no se recoge solo el traslado (*conversio*) de una lengua a otra, sino también, además, los comentarios, el desarrollo de las glosas, los escolios, las μεταβολαί, las paráfrasis, las metáfrasis tanto dentro de la misma lengua como entre lenguas diferentes y demás textos de este tipo. El sentido de este término abarca la explicación de todo aquello que está poco claro, la interpretación de acertijos y sueños, la solución de una cuestión difícil y, en fin, el desarrollo de cualquier argumento complejo. En la presente obra la palabra traducción (*interpretatio*) va a significar solamente “traslado (*conversio*) de un texto a otra lengua”. Puede tener lugar por dos causas diferentes, bien para aprender una lengua y pulir el estilo, lo que les suele pasar a los alumnos cuando vierten de las lenguas vernáculas al latín o del latín al griego, como si quisieran, por así decirlo, explicar a los expertos en estas lenguas un texto mínimamente comprensible; bien para exponer una lengua que generalmente se ignora, actividad que se subdivide en dos tipos: el primero, que dejamos a un lado porque nada tiene que ver en este momento, y el segundo, que definimos de la siguiente manera: “Un texto en una lengua más conocida que expresa y refleja otro texto expresado en una lengua menos conocida”. En la presente discusión, si os parece, usaremos el término traducción en este sentido. Asimismo, este último tipo se manifiesta en dos formas; la primera, cuando el traductor (*interpres*) no se fija solo en el autor y el sentido que se corresponde con las palabras del autor, sino que o bien se pone al servicio de los gustos y aficiones del lector, o bien se recrea en sus propios gustos; la segunda, cuando se da razón del propio autor y se pone todo tipo de arte y empeño en reproducirlo

con la mayor precisión posible. A la primera forma se corresponden las versiones que los antiguos poetas romanos hicieron en versos latinos de los poetas griegos. Así, por ejemplo, tradujeron (*verterunt*) Ennio, Pavucio, Accio y Atilio a Esquilo, Sófocles y Eurípides (...). A este tipo pertenecen también las versiones latinas que Cicerón hizo de los discursos de Esquines y Demóstenes, no como traductor literal (*interpres*), sino como traductor libre (*orator*) (...). Bajo la segunda denominación se incluye solamente la reproducción con la mayor fidelidad y exactitud posible del autor, como hemos hecho nosotros, tú, Frontón, con Cristóstomo y yo con Polibio y todas las que vemos que hacen hoy en día no sin esfuerzo los traductores contemporáneos. Me parece que hemos mostrado lo diferentes que son los tipos de traducción; lo siguiente será explicar la mejor forma de este tipo que he dicho que iba a tratar y establecerlo con unas bases sólidas (...).

[LA MEJOR FORMA DE TRADUCIR. METÁFORA DE PROTEO]

Por tanto, digo que la mejor forma de traducir es aquella en la que el traductor se mantiene, en primer lugar, completamente fiel al sentido del autor, y luego, también, si se lo permite la propia estructura de cada lengua, a las palabras y, en último lugar, imita el estilo propio del autor en la medida que esto le sea posible. El traductor debe procurar, además, no dejar nada sin traducir omitiendo partes ni tampoco añadir nada, sino que debe quedar tal cual, y mostrar en todas y cada una de las secciones una semejanza lo más fiel posible. La traducción, entonces, no es más que expresar la imagen y la reproducción del autor. Será por tanto una imagen perfecta aquella que exprese de tal manera las facciones de la boca, el color de la piel, la mirada y todo el perfil del rostro y la forma del cuerpo de modo que, incluso ausente, parezca que lo tenemos presente; no será una reproducción correcta aquella que refleje características diferentes, por mucho que vuelvan a su original más hermoso y de aspecto más atractivo. En ese razonamiento se asienta la idea de que es preferible una traducción que no arruine el estilo exuberante del autor o que compense sus carencias, ni alumbe su oscuridad y corrija sus errores o arregle su desorden, sino aquella que haga aparecer por completo ante nuestros ojos al autor representado en su propio estilo, digno de elogio, si es el caso, por

sus propias virtudes, o dejar en evidencia, si se lo merece, sus propios errores. ¿Quién, pues, querido amigo, podrá elogiar un espejo que camufla de tal manera el rostro que tiene delante? ¿Una mujerzuela que no se quiera demasiado a sí misma, pero que sí quiere gustarse? ¿Cómo es posible que una cara blanca y pálida o seca y delgada o relumbrante por llevar demasiado colorete se vea con buen color, llena de vida o ligeramente retocada por un maquillaje decente? ¿Quién, además, no se burlaría, por no decir que la despreciaría, a una mujer que se ha transformado así mostrando su cara acicalada, con peluca, dientes postizos y fingiendo una estatura que no tiene? (...) ¿Puede haber algo que se parezca más a este tipo de espejos o a una mujer muy maquillada que una traducción adulterada que acicale al autor con colores ficticios o que le rellene, por así decirlo, las arrugas o que le baje la inflamación y que ensalce al humilde y tumbe al orgulloso? Si alguien pretendiera traducir a Tucídides, un escritor hábil con las palabras, de lenguaje preciso y elevado, de una sintaxis densa, de estilo impetuoso y duro y poco claro, como afirmaba Cicerón⁴⁹, el traductor, digo, un hombre de estilo ágil por naturaleza y que destaca por su elocuencia uniforme, tranquila y apacible, suavizaría el estilo impetuoso de Tucídides, explicitaría esos discursos oscuros y esas oraciones rebuscadas con los trazos más fluidos de su propio estilo, le añadiría con generosidad y profusión todo tipo de ornamentos, sometería a una estructura fija la prosa suelta del original. Entonces, un lector que desconociera la lengua griega y quisiera conocer los secretos de Tucídides accedería a una traducción de este tipo. Buscaría entonces a Tucídides en el propio Tucídides y se diría a sí mismo o bien que el traductor le ha engañado o que la honradez y el juicio crítico brillan por su ausencia en Cicerón y en Quintiliano, autores en los que había leído que Tucídides era denso, conciso, siempre presente a sí mismo⁵⁰, más hábil con el pensamiento que con las palabras⁵¹. Luego otro se dispone a traducir a Jenofonte, cuyo estilo es sereno y elegante, según afirma claramente Cicerón. Pongamos que ese otro traductor es un hombre riguroso y severo, de pensamiento

⁴⁹ Cic., *de orat.* 2,56.

⁵⁰ QUINT., *inst.* 10,1,73.

⁵¹ Cic., *de orat.* 2,93.

habitualmente conciso, breve, agudo y, por lo demás, no demasiado claro. No representará a Jenofonte como es, sino como él quiere que sea y no compondrá su texto conforme al estilo de Jenofonte, sino que adaptará a Jenofonte a su propio modelo: azuzará su serenidad y le añadirá ímpetu. Convertirá en águila la abeja del Ática. Cualquiera que viera a un Jenofonte así elaborado y transformado, creería estar viendo al Jenofonte genuino, pero su percepción le habría engañado por completo. Me gustaría que Tucídides se mostrara altanero como es, Jenofonte tranquilo y apacible, Heródoto claro y fluido, Isócrates, si es que esto es posible, cadencioso, Demóstenes elaborado y serio, Platón fecundo en sus razonamientos, Aristóteles lleno de energía, Teofrasto dulce y Heráclito, si lo hubiéramos conservado, oscuro. En fin, el traductor debe parecerse a Proteo y convertirse en todas las maravillas del mundo y adoptar en su propio cuerpo, con una capacidad de cambio mayor incluso que la del camaleón, todos los colores y embeberse de ellos. En modo alguno, por tanto, podremos aprobar la estrategia de alguien que, por muy sabio que sea, como le gusta la facundia y exuberancia de Cicerón, cuando se pone a traducir a Aristóteles, que es sobrio y árido, engrandece al estilo ciceroniano lo que aquel dijo de forma prolja y poco clara.

